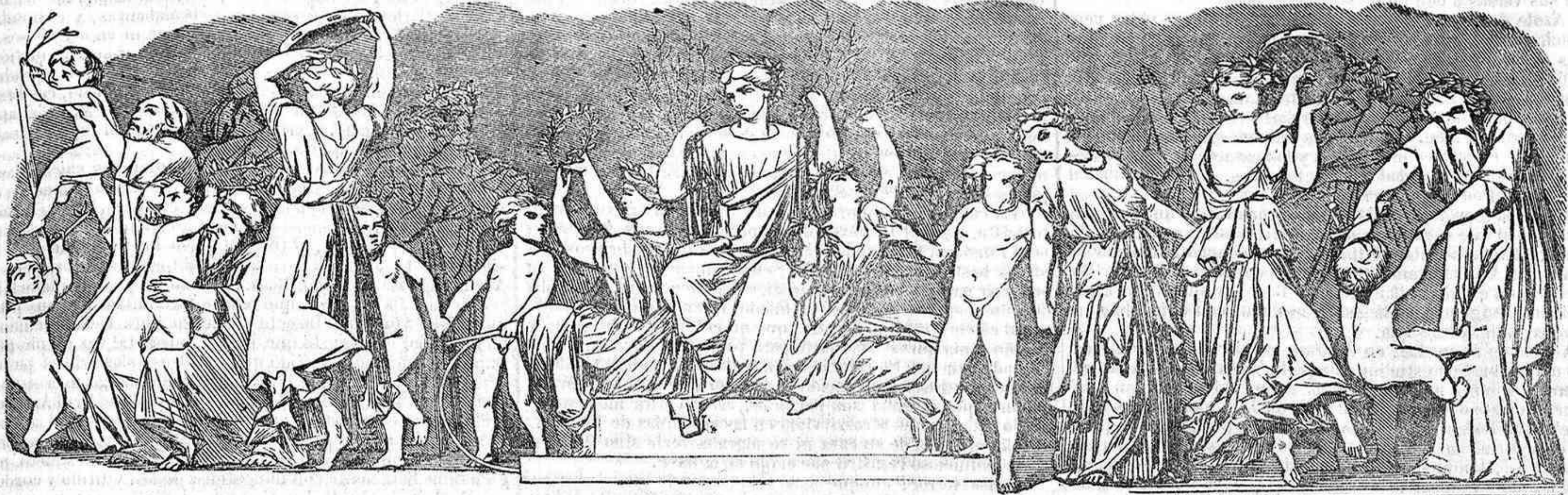


LA ILUSTRACION, SUPLEMENTO.



BAÑOS DE FITERO.

La utilidad de los establecimientos de casas ó baños minerales, reclamaba imperiosamente las mejoras que de algun tiempo á esta parte hemos tenido la satisfaccion de apreciar, los que desgraciadamente dejando nuestras casas y comodidades, nos vemos en la necesidad de buscar en ellos el alivio de nuestras dolencias. De esperar es que la solicitud del gobierno, y un esquisito esmero de parte de los particulares, los eleven á la altura en que se encuentran los mas celebrados del extranjero, puesto que la bondad de sus aguas, el clima y el pais, ofrecen elementos poderosos para conseguirlo. Las prodigiosas y admirables aguas de los *nuevos baños de Fitero*, son en un todo iguales á las del baño antiguo, segun los repetidos ensayos analíticos practicados, y segun el dictamen dado por su digno director, que se publicó en los *Boletines Oficiales* de las provincias de Soria, Logroño, Pamplona, Zaragoza, y aun en algunos periódicos de esta corte, y en los que afirma, no solamente la identidad de las aguas de ambos establecimientos, sino que cuantos manantiales termales se presenten en el monte que los rodea, serán de aguas termales-salinas. Su virtud es harto conocida del público, á juzgar por la inmensa concurrencia que llena en la temporada el establecimiento, y por el alivio instantáneo que experimentan los enfermos.

Los *baños nuevos de Fitero* se hallan situados en el camino carretero que va de Navarra y Aragon á Castilla y al baño antiguo, en la línea divisoria de Castilla y Navarra, dentro del territorio de este último reino, situado á los 42º, 4', 49" de latitud N., y 1º, 52' de longitud E. del meridiano de Madrid, á orillas del rio Alhama, un cuarto de legua después de su confluencia con el Igea, y medio antes de que se le incorpore el Anamazas, frente á la linda vega que forma este rio, cuyas cristalinas y delicadas aguas, fecundas en sabrosas truchas, recibe del majestuoso cerro de Moncayo, que domina el estenso pais comprendido entre los Pirineos, la cordillera ibérica, y las sierras de Cuenca y Albarracín: esta deliciosa vega, fertilísima en todo género de granos, frutas, hortalizas, hilazas y legumbres, rodeada de corpulentos y frondosos olivos, de cuyos frutos se hace una continua extraccion por frente de la puerta del establecimiento, contribuye en no pequeña parte á amenizar aquel sitio. El edificio del *nuevo baño* es, á no dudar, uno de los que se hallan mejor situados en su clase. Colocado á la misma falda de una elevada montaña ó roca, cual se representa en el grabado, y de cuya altura recibe el edificio las aguas minerales con treinta varas de elevacion sobre el nivel de los pozos ó baños, está defendido del N.; lleno de infinitas plantas odoríferas medicinales, como el romero, la salvia, té, madre-selva, tomillo y otras, embalsaman el aire y perfuman el edificio, inundándole de una suavísima y saludable fragancia. La hermosa y estensa vista sobre la izquierda al E., que presenta una espaciosa vega llena de vegetacion y frondosidad, formando la ribera del rio Alhama, que se prolonga hasta el Ebro; continuando á su derecha O., y una magnífica huerta, perfectamente cultivada, que surte de esquisitas hortalizas y frutas, y el correr el rio Alhama lamiendo por su parte inferior el gran terraplen ó parque que está delante de la fachada principal de la casa, y por el que pasa el camino de rueda para Rioja, Castilla, Aragon con Navarra, y las brisas frescas, puras y renovadas de sus aires, hacen sumamente agradable la estancia en el edificio. A lo ventilado, espacioso y hermosas vistas de las habitaciones de los bañistas, debe agregarse el buen trato que reciben, la abundante mesa de alimentos variados y perfectamente condimentados, servida con esmero y limpieza, y sumamente equitativa en el precio. Las aguas minerales ofrecen excelentes resultados en infinitas dolencias, y con especialidad en las reumáticas, gotosas crónicas, parálisis generales y parciales de la misma clase, irritaciones crónicas de los órganos digestivos, histerismos, hipocondrias, afecciones nerviosas, herpéticas de todas especies, y mas que todo, en las que producen admirables resultados es en las heridas crónicas por armas de fuego, con caries y neorose de los mismos huesos, consolidacion de fracturas anquilosadas, vicio escrofuloso general y local, y otras. La temperatura de las aguas es constantemente

de 38º Reamur, 47º y 1/2 de centígrado, que con la abundancia y suavidad de sus principios componentes salino-gaseosos, tan sanitarios por esperiencias multiplicadas, nada dejan que desear, agregándose á esto el magnífico receptáculo de agua constantemente renovada de la termal, en cuya habitacion, contigua y clara, se halla la estufa para los baños de vapor generales y parciales.

Los baños particulares, además de ofrecer las ventajas de su cómoda y decente construccion, tener sus dos caños separados para proveerse del agua caliente y fria necesarias, reúnen tambien la de tener un número suficiente de mangas para tomar los baños parciales, ya de canal, de chorro, regadera ó lluvia, adoptando estas en todas las direcciones imaginables y necesarias, por un mecanismo bien sencillo.

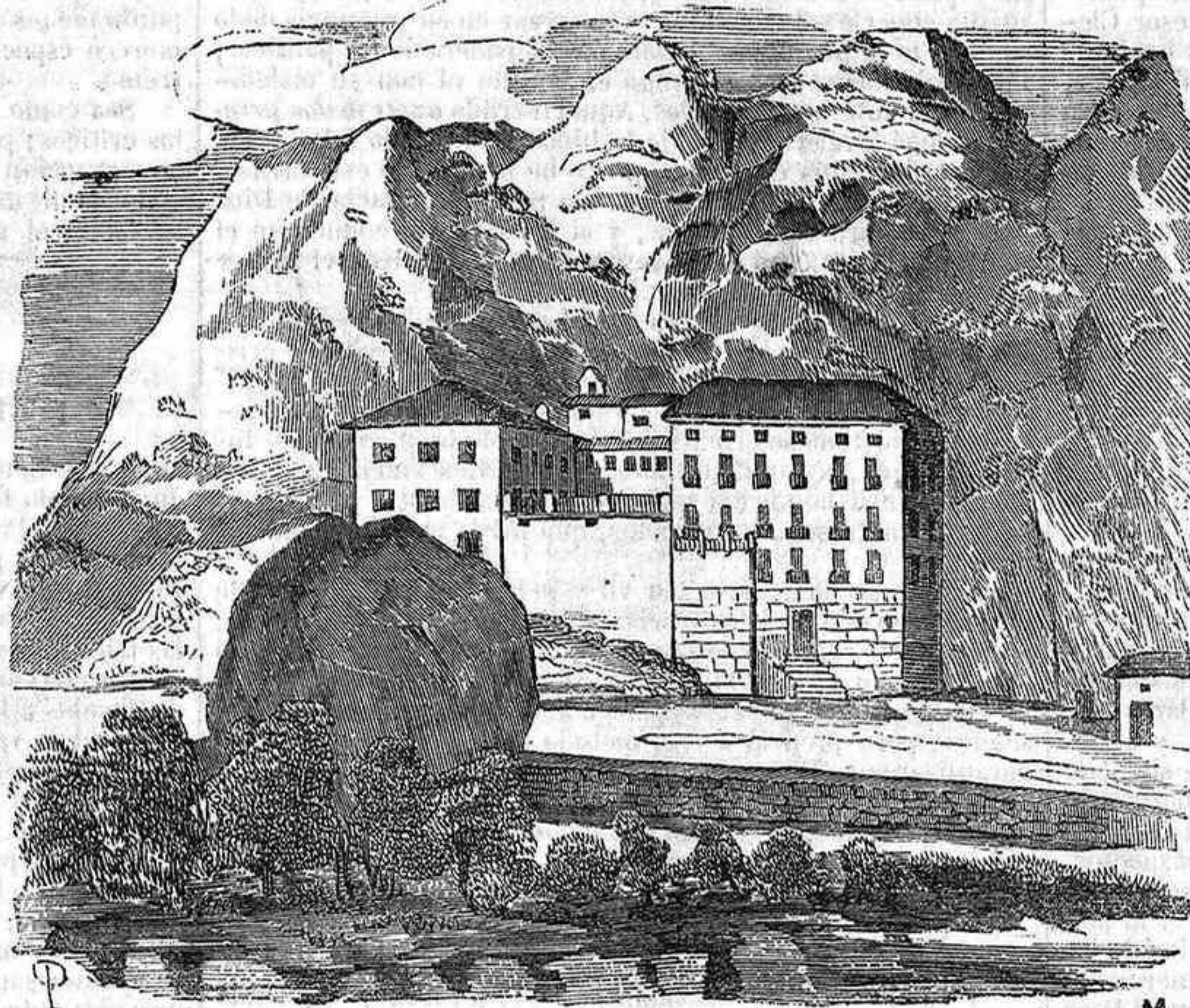
Además hay en este establecimiento dos órdenes de retretes, cloacas ó pulpitanes, los cuales muy próximos á sus asientos, tienen constantes corrientes de aguas abundantes de la mineral, las unas procedentes de la que se enfria, y las otras de la caliente que constantemente está sobrando de los manantiales: consiguiendo por este medio además de la limpieza, un placer y grande alivio en sus dolencias á aquellos que padecen de hemorragias é irritaciones, habiendo ocur-

en una barandilla de hierro bien estensa, de donde se descubre á derecha é izquierda y á su frente la hermosa vega, con el rio, bosques de álamos frondosos, la casa de campo del señor marqués de Casa-Torres, los molinos harinero, de aceite y pólvora de Cervera, la casa de resguardo ocupada por carabineros en el confin de ambas provincias, un parador nuevo, varias casitas de campo, un pozo para nieve que se usaba antiguamente, el castillo de Tudugen, la torre del pueblo de Fitero, y la carretera que pasa por delante de la casa.

Hay entre ambos cuerpos del edificio mas de cincuenta cuartos disponibles para hospedarse los bañistas. La mayor parte de estos y que corresponden á la exterior de la casa, son mas espaciosos, tienen sus hermosos y grandes balcones de fundicion moderna y pintados de verde.

Hay un estenso comedor, capaz de colocar en la mesa mas de treinta personas, y por fuera de este se halla una hermosa galería ó azotea con su verja de hierro alrededor, tambien pintada, en la que pueden estar con desahogo y comodidad, sentadas ó paseando, mas de cuarenta personas, y con las mismas vistas que el mirador antedicho. Dentro del mismo edificio hay un oratorio para celebrar misa los dias festivos un capellan pagado por la casa, y algunos otros si se les encarga por algun bañista, así como igualmente pueden decir la los sacerdotes que concurren á bañarse. Hay tambien tres cocinas, la una principal para los que comen de fonda, con su gran caño de agua mineral caliente, que facilita mucho la limpieza, todas ellas con sus oficinas accesorias. En el último piso del establecimiento hay dos cómodas habitaciones destinadas para los pobres de solemnidad, á cuyos desvalidos da el establecimiento baños y demás que necesitan durante toman las aguas, que comunmente son nueve dias. Fuera de él hay tambien dos caballerizas con sus grandes pajares. Siendo al presente la concurrencia tan aumentada que no bastan las habitaciones del establecimiento para alojar á los bañistas, su celoso propietario D. M. Abadía, animado del mejor deseo y procurando siempre llegar á hacer de los nuevos baños un establecimiento capaz de competir con los mejores de su clase, puesto que su posicion social no le hace considerarlo como un negocio especulativo, nos consta de un modo positivo tiene preparadas grandes mejoras; entre ellas la de dar mas estension al establecimiento, aumentar las comodidades á los bañistas, proporcionarles ratos de recreo y distracciones agradables. No terminaremos este artículo sin elogiar debidamente el celo, esmerada asistencia y excelente trato del médico director de ellos D. J. Asenjo y Cáceres, y en general la solicitud, buen servicio y cuidados de parte de todos los dependientes; contribuyendo todo á presentar el establecimiento no como una mansion del dolor, sino como sitio de recreacion y de placer.

M. ROMERO SOMOLINOS.



Vista de los nuevos baños de Fitero.

rido por esta circunstancia que muchos individuos estuviesen horas enteras en estos asientos, por continuar en el consuelo y alivio que recibian en su dolencia.

La situacion de los baños, estufa, receptáculos, corrientes del agua mineral, tanto fria como caliente, de los comunes fuera de los dos departamentos que forman el establecimiento, y que continúan por galerías ó corredores no interrumpidos, y reservados del ambiente, así como los citados baños y estufa hallarse encima del establecimiento en su parte media posterior y superior, son circunstancias de tanto valor higiénico, que no necesitan pruebas, pues de este modo, ni los vapores calientes que continuamente se desprenden de las aguas ni de los sudores de los bañistas, pueden viciar en nada las condiciones vitales del aire respirable en la casa ni habitaciones de los mismos enfermos, como constantemente sucede en algunos, en que tanto los baños como los receptáculos de sus aguas están en el centro de estas casas, al nivel de su suelo, y en otros hasta debajo de sus mismas habitaciones.

El edificio destinado para la hospedería consta de dos cuerpos ó pabellones, que se comunican por un corredor ó pasillo, ejecutado por delante de los baños, estufa y fuente mineral, y por un deliciosísimo terrado, mirador ó azotea, en el que tambien hay una hermosa pila, en donde se recibe y corre el sobrante de las aguas de los baños. Este mirador termina

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.

EL ARETINO.

La biografía del poeta francés Villon es una estraña mezcla de bien y de mal. Sin duda alguna es el mal quien se lleva la palma; pero las faltas del escritor parisiense tienen un aire tal de inocencia y de irreflexion, parecen de tal manera locuras juveniles, que inspiran mas compasion que cólera, y tal vez el lector se siente tentado de la risa cuando menos lo esperaba. Un solo sentimiento inspira la vida del Aretino: desprecio; y cuenta que ninguna bellaquería puede echársele en cara. Ninguna acusacion de robo le llevó á los tribunales, ni acaso debió á nadie nada, ni tuvo rival en esto de cumplir sus promesas; pero lo que le cubre para siempre de oprobio, lo que no consiente que se le compare tan siquiera con el ladrón Villon, es que llevó á la perfeccion, si no lo inventó, el robo de peor especie, el robo que no puede ser castigado por la ley, robo que no tiene nombre entre las gentes honradas, y que el mundo designa con el de explotacion literaria, hoy muy conocido. No se ve en él sino el escritor licencioso, cuando quisieramos ver el escritor pagado. Y si al menos, como Píndaro, no hubiera él alabado sino á los que le pagaban, mas digno seria de lástima que de castigo; pero no era

su casa un simple almacén literario, era una guarida de matón; él no pedía al viajero la bolsa ó la vida con el puñal, sino con sus versos ó con su prosa.

Azote de los príncipes fué llamado durante su vida; pero á decir verdad, sus propias espaldas fueron las azotadas muchas veces, y si le produjo riquezas este oficio villano, le robó en cambio lo que vale quizás mas que el oro: la dignidad personal y la estimación de las gentes honradas.

¿Qué país es la Italia tan extraño! Fecundo para el mal, fecundo para el bien. Los mayores crímenes, las virtudes mas santas, los corazones mas nobles y los caracteres mas indignos halláanse allí mezclados y confundidos. ¿En qué albañal pudo nacer Pedro Aretino?

Como la mayor parte de aquellos *condottieri* que vendían su espada al que la pagaba mejor, Pedro, este condottieri de pluma, no tenía familia legítima, y su nombre dimanaba de la villa de Arezzo, donde nació á 20 de abril de 1492. Su padre era un caballero llamado Luis Bacci, y su madre, cuya condicion se ignora, ha llegado á nosotros con el nombre un tanto patronímico de Tita.

Al lado de su madre, en Arezzo, corrieron los primeros años del poeta. Sus estudios en aquella sazón pueden tenerse por nulos ó punto menos. Audacia inconcebible, afición á la lectura y cierto despejo natural, fueron las únicas armas con que el joven Pedro se presentó en la arena poética, y su primer ensayo fué un soneto contra las indulgencias del Papa. Como se ve, también pagaba su tributo á la inesperienza, comenzando en atacar á las cosas, como aquel que no sabe que luchar contra las cosas, es decir, contra los principios reconocidos ó los hechos consumados, solo gloria ó persecuciones trae. Así Maquiavelo, antes de declararse partidario de los hechos, se debió de convencer de las predicaciones reformadoras del Savanarola. Forzado á salir de Arezzo, Pedro se refugió en Perusa, y aun allí los instintos fogosos de la juventud ahogaron en él los interesados y los prudentes. Habiendo visto en la plaza pública mas frecuentada un cuadro que representaba á la Magdalena de rodillas con los brazos hácia un Crucifijo, se entretuvo por la noche en pintar un laud en las manos de la pecadora.

El escándalo fué completo. Sin embargo, no tuvo malas consecuencias para el poeta, pues la historia nos dice que pasó muchos años en Perusa, atendido al oficio de encuadernador, que como tan honrado y próximo á las letras, le puso en relaciones con los hombres mas distinguidos de la ciudad, dándole también una erudicion que le hacia suma falta. Este modo de vivir pudo ocasionar la regeneracion del Aretino; pero la naturaleza lo impidió. Sediento de oro y de placeres marchó á Roma á pié, y sin otro equipaje que el vestido puesto.

En el siglo XVI reinaba en la metrópoli cristiana bastante licencia, y por consiguiente ofrecía mil atractivos para la vida que se proponía pasar el Aretino. Poco tardó en entrar al servicio de Leon X, y después de la muerte de este pontífice viose de un modo igual favorecido por su sucesor Clemente VII; pero algunos sonetos en que traspassaba los límites de todas las consideraciones le obligaron á huir de Roma, y á incorporarse al ejército de Francisco I, llamado por Juan de Médicis, que le brindó con su amistad. Poco tiempo después el papa le permitía volver á Roma... ¡Seguía la inconstancia de las cosas humanas! Pero al poco tiempo de su vuelta otra malaventura le obligó á abandonar la ciudad eterna. Habiase enamorado de una cocinera, á quien también cortejaba un caballero bolonés, y con esta ocasion compuso nuestro poeta un soneto llenando de injurias á su rival. La venganza del bolonés fueron cinco puñaladas que le dejaron por muerto; pero, como todos los perillanes de su ralea, el Aretino tenía una vida interminable. Curado de sus heridas fuése á pedir justicia al papa, y no habiendo podido obtenerla, dejó á Roma furioso en busca de Juan de Médicis, de quien le iba á separar bien pronto un mosquetazo en la batalla de Governolo.

A falta de este Mecenas, único á quien profesó puro reconocimiento, creyóse en estado de poder vivir de las letras, sin necesidad de protectores. Entonces fué cuando, según los historiadores, recibió el terrible título de *azote de los príncipes*. Y no porque se ensañase nunca contra las testas coronadas; pues reservaba toda su hiel para los particulares, los nobles, las corporaciones municipales ó religiosas, y aquellos, en fin, que rehusaban comprar sus elogios ó su silencio. Si llevaba el título de *azote de los príncipes*, era porque lo creía una excelente anzaga para atraer á sus miras á los tronos. Con efecto, ¿qué era lo que se leía en sus prospectos, si podemos emplear esta frase? «Ora alabaré á los soberanos que lo merezcan, ora los criticaré, ora daré á conocer al público, sin respeto ni temor, los crímenes y los vicios de los monarcas mas poderosos.» ¿No pasma ver á este comerciante de adulaciones cubriéndose con la máscara de Juvenal? Pero el golpe no dió en vago, y después de repetida mil veces esta protesta fantástica, enviaba á tal ó cual príncipe magníficas dedicatorias, «resuelto, decía, á mudar de lenguaje, si algun suceso posterior era digno de censura.»

Fácilmente se comprende cuánto admiraría esta conducta á los monarcas. Aun zumbaba en sus oídos la palabra *azote*, y al abrir las cartas del poeta, hallábanse con las mas hiperbólicas alabanzas. Esta contradicción debía de agrardarles tanto mas, cuanto que la realzaba la intimidación de un cambio de lenguaje, con que se apresuraban todos á colmar de dádivas á aquel temible censor, que tenía fama de hablar mal de todo el mundo, y que solo por el brillo deslumbrante de su gloria se trocaba en panegirista.

Sabedor por entonces el Aretino de que Roma habia sido entrada á saco por el condestable de Borbon, y de que el papa Clemente VII estaba sitiado en el castillo de Saint-Angelo, tuvo energia bastante para unir sus versos á las balas de los sitiadores, y disparar también sobre el papa vencido. Este acto de patriotismo y de valor no satisfizo sino á medias á su huésped el dux, que mandó al poeta explicarse con mas respeto. La orden, sin embargo, no debió de ser muy terminante, pues solo al cabo de dos años comenzó á tomar el Aretino un tono mas templado, lo que nos inclina á creer que las amonestaciones del santo padre pudieron mas que los mandatos del dux.

Con efecto, una reconciliación entre el poeta y Clemente VII se verificó por mediación del obispo sufragáneo de Vicenza, cuya buena voluntad no se contentó con tan poco,

sino que pudo alcanzar de Carlos V una cadena de oro y la oferta del título de caballero para el Aretino. Este tomó la cadena y despreció el título. «Un don sin din, decía, es una pared sin blanquear, solo sirve para basurero.»

Por aquella misma sazón quitose la máscara resueltamente, anunciando á son de trompa que la fria ingratitud de los príncipes cristianos le obligaba á pasarse á los turcos. ¿Quién distribuiría ya la inmortalidad entre los reyes de Europa en bellísimos sonetos? Sabedor Francisco I del regalo de Carlos V, envió á su vez otra cadena de oro al poeta, quien recibía al mismo tiempo una pension del duque de Leiva, el mejor general del emperador. Tanto como se temian sus injurias se necesitaban sus elogios.

En cambio de esta prosperidad su posicion era sumamente triste. «Aquel hombre, dice Boccacini en sus *Relaciones del Parnaso*, tenía el don particular de atraer sobre sus costillas bastonazos y puñaladas, en tal manera, que todo su cuerpo parecia un mapa-mundi.» Las veces que se libraba de estos percances era por su miedo. Cuando quiso ridiculizar al célebre capitán Strozzi, que no entendía de bromas, y que no tenía quizás un cuarto para pagar sus elogios, hizo este advertir que no reincidiera ó le daría de puñaladas donde le encontrase. Convencido el Aretino de que el capitán era hombre que cumplía sus palabras, estuvo para morir de miedo, y mientras Strozzi vivió en las cercanías de Venecia, ni salía el poeta de su casa ni se lograba verle sino después de un minucioso registro por el ojo de la llave.

Menos terror, aunque mas vivo, causole otra aventura del mismo género. Como anduviesen enemistados dos grandes pintores, el Ticiano y el Tintoreto, amigo el Aretino del primero se burló como tenia por costumbre del segundo. Poco después le encontró un día el Tintoreto junto á su estudio, y brindándole con hacer su retrato le rogó que entrara en su casa; pero apenas atravesaba el dintel, cuando furioso el pintor sacó de su bolsillo una pistola.

—¿Qué vas á hacer, Jacobo? exclamó espantado el Aretino.
—A tomarte la medida; y habiéndole en efecto medido con el arma, que era de gran longitud, repuso el pintor friamente.

—Solo tienes de alto dos pistolas y media.
Creemos escusado añadir que el poeta no volvió á hablar mal del artista; y aun se asegura que fueron después amigos.

No siempre libró tan bien de los peligros que el propio se acarrea. El segundo volumen de sus cartas se lo dedicó á Enrique VIII de Inglaterra, quien hasta pasados cinco años no se acordó de mandar al conde de Arundel, su embajador en Italia, que hiciese al poeta un regalo de trescientos escudos. Un amigo que tenia en Londres dió al Aretino esta noticia; pero como pasasen meses y meses sin que se diera el embajador por entendido; cansado de esperar el poeta atreviose á suponer que el conde quería robarle su dinero. No faltó quien diese cuenta al embajador de estas hablillas, y á fuerza de espiarle con seis ó siete hombres armados de palos, logró un día cogérle solo, y le hizo zanahorrar en su presencia de lo lindo. Fuera por temor ó fuera por consideraciones políticas, dice Guinguenet, no se vengó el Aretino ni con su maledicencia ni ante los tribunales. Aquel terrible *azote de los príncipes* llegó á valerle hasta de la hipocresía. «Pido á Dios que me perdone mis culpas, como yo he perdonado esta ofensa,» escribía á uno de sus amigos. En paz y en gracia de Dios me confesaré esta semana, y si Dios quiere comulgaré el domingo, lo que no haría seguramente si tuviera el menor resentimiento.»

Este mismo Aretino era aquel murmurador sempiterno que hablaba mal de todo el mundo, excepto de la religion cristiana.

Engañado por la aparente humildad del poeta, el embajador español tomole el encargo de ponerle bien con el de Inglaterra «que, según dice Guinguenet burlescamente, acordó á perdonar al hombre á quien habia apaleado, y aun dió al Aretino sus trescientos escudos, que fué lo que le hizo mejor efecto.»

Ya que se dedicara á tan vil y peligroso oficio, debió de obrar Pedro con mas prudencia, haciéndose maestro de armas, para que su espada fuese protectora de su pluma. Y aun no le faltaria por el mundo algun Jarnac que le enseñase tretas inevitables y desconocidas para matar á su adversario sobre seguro; pero prefirió á este método el de la paciencia y el garantizar sus sátiras con su pellejo. En cambio, para esplotar sabrosamente la única compensacion que en el mundo tenía, es decir, su bolsillo, inventó un medio mucho mas estandatoso que sus primitivos prospectos: mandó acuñar en su honor una medalla. Por un lado tenia su busto con esta inscripción:

Al divino Aretino.

Y en el otro se le veía campear sobre un trono, recibiendo embajadores de todos los reyes, y exclamando:

Solo á mi toca el alabar á los príncipes. Solo yo sé componer obras maestras en verso y en prosa. Los versos en que yo he grabado los retratos de Julio, de Carlos, de Catalina y de Francisco, sobresalen como colosos de oro y plata entre las estatuas de mármol y bronce elevadas á su gloria. En esos versos, que vivirán cuanto el sol, no se sabe qué admire mas, si las pasiones, por lo bien manejadas, ó la forma, por lo sublime.

Como se ve, el Aretino adivinaba y ponía en práctica los reclamos ingleses y el *puf* americano. El éxito ni fué dudoso ni tardío. «De todas partes, dice Guinguenet, se le escribía, se le adulaba, se le visitaba, y aun los literatos le dirigian dedicatorias aduladoras. A esto añadiremos que los regalos eran sus mas frecuentes visitantes y los mas apreciados de él. Nunca redactor en jefe de un gran periódico se vió mas halagado; nunca Danae vió llover sobre su casa tanto oro. Sin tener en cuenta las pensiones y las dádivas, el Aretino, según su propia confesion, ganaba en cada año mil escudos de oro con una resma de papel y una botella de tinta. Los dos monarcas entonces mas poderosos, Carlos V y Francisco I, se disputaban sus elogios, y esta emulacion ridicula de dos émulos tan grandes, es sin duda una de las páginas mas curiosas de la historia del siglo XVI.

Por algun tiempo el poeta no inclinó la balanza á ninguno lado, y así se hacia lenguas de Carlos V como de Francisco I;

pero sucedió que habiéndole otorgado el monarca español una pension de doscientos ducados, y no pudiendo imitarle esta vez el de Francia, sin duda por el mal estado de sus negocios, Carlos se llevó solo todas las alabanzas, y el nombre del cuitado Francisco no volvió á parecer ni en los versos ni en la prosa del Aretino. Por un esfuerzo heroico prometió al poeta este monarca una pension de cuatrocientos escudos. «Así como recibía la credencial, contestó el llamado, celebrará con mas entusiasmo que nunca la gloria de S. M. Cristianísima.» Sin embargo, la credencial no vino, y el rey de España se llevó todos los elogios.

Aun encontró otro medio de aumentar sus gajes. Hasta entonces la alabanza y la injuria habian brotado solamente de su magín, alternando con las poesías licenciosas. Después osó á entremeterse en el género sagrado, y á cantar al Dios de quien blasfemaba la vispera, al Dios de quien iba á blasfemar al día siguiente. La empresa tuvo un asombroso resultado; pero el Aretino quería mas aun. Ibáse haciendo viejo, y le importaba reunir una fortuna con que pasase tranquilamente sus últimos años. Aunque el insecto venenoso libra frecuentemente de morir por el disgusto que inspira, puede tal vez un pié mas impaciente ó menos sufrido que los otros aplastarlo al pasar; y para evitar esto, ¿qué cosa mejor, que abrigo mas seguro que un capelo de cardenal? Sí, nada menos deseaba el Aretino, y el duque de Parma se encargó de pedirselo para él á Paulo III. Muerto este, pasó la tiara á Julio III, que era natural de Arezzo, como nuestro poeta, quien le dirigió un soneto, pagado inmediatamente con mil coronas de oro y título y cordon de caballero de San Pedro. Con esto el Aretino se tuvo ya por cardenal. Llevado á Roma por el duque de Urbino, Julio le acogió benignamente llegando hasta besarle en la frente; pero del birrete de cardenal ni una palabra. Como él tenía en tan poco las palabras y en tanto los hechos, se convenció de que decididamente no tendría el honor de contarle entre sus miembros el sacro colegio. Volvióse pues á Venecia y á enristrar la pluma.

La muerte iba mientras tanto á quitársela de la mano. «El Aretino, dice Guinguenet refiriéndose á Lorenzo Policiano, tenía dos hermanos que llevaban en Venecia una vida de disolución como la suya.

«Cierta vez que le contaba un su amigo algunas de sus aventuras, dióle tan violenta tentacion de risa, que cayó para atrás la silla en que estaba sentado, dando con la cabeza en el suelo y espirando al mismo instante.

«Tenia sesenta y cinco años.»
«Cuenta que á pesar de su vida desordenada habia conservado un temperamento robusto y parecia destinado á una vejez muy duradera. Ya hemos visto que la naturaleza fué con él generosa, y háto generosa, si no en lo moral, en lo intelectual. Para que mas horrible fuera el contraste de su alma, era hermoso como hombre, y pintor, músico y poeta por añadidura. Grande amigo del Ticiano y de Miguel Ángel, en vano hemos querido averiguar si lo fué de balde, lo que nos parece punto menos que imposible. Otro hecho de su vida miserable merece especial mención: amaba á sus hijos con loco estremo.

Sea como poeta, sea como prosista, no merece desdeñ de los críticos; pero su nombre vivirá siempre como símbolo de la corrupcion, y cada vez que en el mundo parezca un escritor traficante de su pluma y de su conciencia, asomará en los labios el nombre ignominioso del Aretino.

V. BABRANTES.

FIESTAS INDIANAS.

PURI Y LA FIESTA DE ROTH EN 1849.

«¿Qué hombre en el mundo no conoce á Purí (1)! Purí, cuyo templo toca en las nubes y sirve de faro á las navegantes! Purí, el lugar de reunion de los pueblos, la antigua residencia de las poderosas divinidades! Venid á Purí, venid, vereis allí maravillas sin cuento; ¡es la ciudad de los dioses y de los milagros!» Así van gritando los sacerdotes viajeros hasta las tribus mas lejanas de la India.

Un conjunto raro de casas miserables, de shalas, abrigos destinados á los peregrinos, de monasterios, vastos edificios de conchas verandas (2), murallas adornadas de figuras, canchales estrechas, tortuosas y sucias, interceptadas con pozos de piedra y montones de escombros, una calle de ciento cuarenta piés de anchura, que desemboca en la plaza del templo y por donde pasa el carro del ídolo. Este es Purí! la gran ciudad! la ciudad de las maravillas!

Mas lejos, y sobre vastos arrabales de arena, aparecen las casas de los europeos y de los oficiales del gobierno. Desde allí se oye incesantemente el sordo mugido del mar, cuyas enormes olas cubren á lo lejos la playa con blanca espuma.

En medio de estas comarcas sagradas se eleva esta ciudad sagrada, donde estan los cinco estatuas sagradas, vastos receptáculos rodeados de escalones de piedra, uno de los cuales, mas célebre que los otros, tiene el nombre de Gange-Blanc, porque dicen que es hijo de Gange. Entre los otros lugares sagrados estan el templo de Loknath, con su famosa imagen de Lib; el gran cementerio de Purí en las arenas, llamado Svorgo Dwar ó puerta del cielo; el Norok Dwar ó puerta del infierno, á cuya orilla llegó el ídolo reverenciado de Joggannath; por último, el Chokrolirho, arroyuelo que desemboca en el Océano. Pero el principal objeto de la veneracion pública es el templo del ídolo. Por cualquier parte que se llegue se encuentra cortado el paso por un muro de veinte piés de alto, que rodea una plaza de seiscientos veinte piés de ancho. A cada una de las cuatro partes de este muro hay una ancha puerta, abierta á la multitud. La mejor, la mas venerada y frecuentada es la de los leones, llamada así porque tiene á los lados colosales leones: por ella pasan los dioses, y allí termina el Boro Dando (3). En frente, y á alguna distancia, se eleva en medio de la calle una columna de mármol negro,

(1) Ciudad de 30.000 habitantes, situada á 100 leguas de Calcuta, al lado de la provincia de Orissa.

(2) Especie de galerías ligeras cubiertas de lona. Las verandas de estos monasterios se elevan algunos piés sobre la calle y por lo regular están adornadas con un pequeño modelo del templo de Joggannath, en cuya cima se ve el tulsi, árbol sagrado.

(3) Gran calle.

de unos cuarenta piés de altura, y en cuya cima está el dios Hornman (1). Ligera, graciosa, acanalada, forma esta columna singular contraste con todo lo que la rodea: es un monumento griego en medio de monumentos indios.

Al entrar en la plaza descubre el peregrino no uno ni dos templos, sino mas de cincuenta, dedicados, no á todas las divinidades de la India, sino á las mas célebres. El mas notable de todos es el Boro Dwal, ó gran templo, imponente torre de doscientos piés de altura y cuarenta y dos de fachada. Allí, sobre una ancha plataforma toda de mármol, y llamada Botnosinghason ó trono de las alhajas, residen de edad en edad tres divinidades, Jogonnath, su hermano y su hermana. Tres edificios piramidales completan este templo: el Mukhsala, el Bhog Mondop y el Jogomohon, mas pequeño que los otros dos y colocado en medio.

Al Bhog Mondop es donde llevan todos los días los sacerdotes el alimento destinado á los peregrinos, y en el Jogomohon (delicias del mundo) es donde las jóvenes bayaderas regocujan con sus bailes á los dioses y á los sacerdotes.

Todo el edificio, tanto en lo interior como en lo exterior, está cubierto de diversas figuras: elefantes, grifos y monstruos de todas especies.

En la espalda de la estatua, aseguran los indios que existe un talisman. Segun unos es un hueso de Krishuo ó un Salgan (2), segun otros es una caja de plata viva. Dicen que siempre que se hace un ídolo nuevo, eligen un joven de las cercanías de Puri para trasladar el precioso tesoro desde el antiguo ídolo al nuevo, y que hecha la operacion muere el niño en el cuño.

El establecimiento que depende del templo inmenso comprende treinta y seis clases principales de dependientes del ídolo; mas seiscientos cuarenta personas no tienen otra ocupacion que servirle. El Khatsay le hace la cama, el Pasapak le despierta por la mañana, el Mukh le presenta el manducantes y agua para enjuagarse, el pintor le colorea los ojos, otro le prepara el arroz, otro le presenta los platos, el Dhna lava los manteles, el Changras toma el inventario de las ropas, el Chhattarna le lleva la sombrilla, el Khuntia le avisa la hora en que empieza la adoracion. Para tanta gente y tan gran dios son indispensables sacerdotes cocineros; se cuentan cuatrocientas familias de esta clase. Era preciso tambien sacerdotisas bailarinas; hay unas ciento veinte: llega pues el número total de sacerdotes de Jogonnath á unos tres mil.

Se pueden dividir los sacerdotes de Jogonnath en dos clases: en sacerdotes sedentarios y viajeros. Los primeros viven en Puri y jamás salen de allí: los segundos, llamados Paudas, van á reanimar el celo de las poblaciones indias, y enviaban á cada fiesta millares de adoradores: célebres por la naturaleza de sus funciones, han dado su nombre á sus compañeros, y los peregrinos solo conocen á los sacerdotes, sean sus funciones las que quieran, bajo el nombre de Paudas.

Este ejército con templo é ídolo ha sido puesto por el gobierno inglés bajo la inmediata vigilancia del bajá de Khurdan. Este príncipe es el dueño absoluto de todo aquello, y el terror de los sacerdotes.

Los sacerdotes tienen mil industrias que les proporcionan considerables sumas; hay una que por sí sola bastaria para enriquecerlos; es el comercio de la comida sagrada, preparada por los sacerdotes cocineros, y presentada al ídolo que la santifica, es vendida después como santa á la muchedumbre, que creería un crimen el comer otra cosa en Puri, que lo que ha sido bendecido por el ídolo. Pero mas de cien mil peregrinos toman parte en el banquete, y lo que los sacerdotes compran por dos aunas (una octava parte de rupia), lo venden por una rupia.

Cada año se celebran doce fiestas en Puri, las cuatro principales son: el Dol, el Chondon, el Swan y el Roth Jatra.

En el Swan Jatra los sacerdotes, para purificar á los dioses de las manchas que pueden haber adquirido por el contacto y mirada de tantos miles de pecadores, los colocan en un alto terrado, y los asperjean á vista de la multitud; y en el Roth Jatra ó fiesta de los carros salen los ídolos del templo, suben sobre los carros, y van á pasar algunos días al templo de Gondicha, que está á dos millas de distancia, al extremo norte de Bow Dando.

El Roth Jatra empieza el segundo día del mes bengales de Asar, en la época en que es mayor el calor á la entrada de la estacion de las lluvias.

Entonces aparecen tres carros, cuyas colosales dimensiones reclaman respeto de la multitud: estos son los carros cuya reputacion se estiende mas allá de los mares, y cuyas ruedas han aplastado á tantos fanáticos. Adornados con unos paños con rayas encarnadas, verdes y amarillas, parecen de lejos de una magnificencia sin igual y hieren la imaginacion de los pueblos; pero de cerca no son mas que masas estravagantes, miserablemente adornadas.

El carro de Jogonnath tiene cuarenta y cinco piés de alto y rueda sobre diez y seis pesadas ruedas de siete piés de diámetro; sobre la plataforma en que acaba se coloca la divinidad. Los otros dos carros no difieren mas que en la forma, pero son un poco mas bajos. Así como el primero están rodeados de una galería de ocho piés de anchura, que recorren los sacerdotes delirantes, que provocan por sus gestos violentos ó por sus arengas el entusiasmo de la multitud, y reciben las ofrendas que les echan de todos lados.

En el día señalado, después de las oraciones y diversas ceremonias, se hacen salir á los dioses del templo de una manera poco adecuada á su pretendida dignidad. El ídolo hermano es llevado á fuerza de brazo; pero Jogonnath y su hermano aparecen en la puerta de los leones con cordeles al cuello. En tanto que unos sacerdotes tiran de estas cuerdas, otros procuran poner derechas á las divinidades ó las empujan de una manera tan impropia y con gestos tan cómicos, que se diría que su único objeto es divertirse y divertir á los espectadores.

Después de esta aventura llegan los ídolos á los carros. Entonces nuevos trabajos; los carros son altos y es preciso subirlos; hay una especie de puentes que bajan desde lo alto de los carros hasta el suelo, y facilitan la ascension de las divinidades; tiran de ellas, las empujan, y suben por fin á su trono.

- (1) Dios mono.
- (2) Piedra sagrada.

Entonces se deja oír un clamoreo atronador, el delirio de la muchedumbre llega á su colmo, todos pueden ver y saludar á los dioses: ¿y qué son estos dioses? Troncos de seis piés de altura. Jogonnath el de los grandes ojos, nariz puntiaguda, cuerpo informe; Jogonnath el jorobado, en una palabra. Su hermano es tan horrible como él, y su hermana, verdadero monstruo, cuya estranidad apenas ofrece algunos rasgos de semejanza con una cabeza humana.

Puestos ya en los carros, ponen á Jogonnath piés, manos y orejas de oro, y después, con los gestos mas ceremoniosos, le ciñen una faja de color de grana. Entonces recibe los homenajes del raja, que rodeado de toda su pompa y armado de un magnífico quitaso, llena con orgullo las funciones de Chondal ó sacerdote del dios. En seguida corren vandas numerosas de aldeanos llamados Kolabetias, que deben ayudar á los habitantes de Puri á llevar á los dioses. Además del honor que este acto les reporta, queda exenta de impuestos una parte de sus tierras. Estos Kolabetias vivaquean alrededor de los carros, y al dar la señal convenida se precipitan sobre los enormes cables que están atados á ellos, y arastran con su ejemplo á la muchedumbre, y bien pronto las pesadas máquinas hacen temblar la tierra bajo su peso.

La frenética alegría que se manifiesta en todos los rostros, el aspecto de las caras, templos, árboles y calles donde hormiguea la entusiasta muchedumbre, el ruido de mil tam-tams, el chirrido de los carros, los gritos de Flori Bord que se elevan incesantemente en medio del trueno continuado de la fiesta; el raja, su deslumbrador aparato, sus sombrillas sagradas, sus anchos abanicos, su imponente guardia; los diez elefantes del ídolo con retumbantes campanillas y mantillas de grana entrelazada con pajitas de oro; los Paudas con sus gestos, aullando y cantando en la galería de los carros; el paso pesado y uniforme de una muchedumbre que se va haciendo paso entre otra multitud: toda esta pompa y todas estas miserias, el conjunto, en fin, de tan extraña escena, lastima el alma y hace una impresion que no es fácil describir.

La rapidez de los carros varia según el estado de las calles; tardan por lo regular tres ó cuatro días en llegar al templo de Gondicha. Allí descansan algunos días los dioses, después vuelven á sus tronos móviles, y regresan á sus dominios. Hé aquí toda la fiesta de Roth.

Los adoradores que reune Puri pertenecen á todas las tribus de la India: allí se ven siaks (1), maharathas (2), indostanes, telingas (3), malabones (4), oritias, y sobre todo bengaleses.

Las mugeres componen por lo menos las dos terceras partes de la asamblea. Estas desdichadas, viudas en la mayor parte, se contentan con escapar á la esclavitud que pesa sobre ellas en las familias de sus difuntos maridos; y estas familias, es preciso decirlo, son bastante bárbaras para animarlas á emprender una peregrinacion de que se espera que no han de volver. ¿Cómo resistir entonces á las magníficas promesas que vienen á hacerles los viajeros sacerdotes, y no dejarse deslumbrar por las invitaciones que les hacen para contemplar tantas maravillas? Segun ellos, los peregrinos que tiran del carro de Jogonnath no son mas que una simple guardia de honor. Este carro rueda por sí solo impelido por una fuerza interior, emanada del mismo Jogonnath. El dios devora todos los días mil libras de alimento; tiene sobre el hogar de su cocina nueve grandes vasos, uno sobre otro, y ¡cosa admirable! aunque el calor es tan extraordinario, solo en el último se cuece la comida, la que hay en los ocho restantes queda cruda. No hay sombra en el templo, y no se oye el ruido del mar aunque resuena en el pórtico, etc., etc.

El número de peregrinos varia todos los años; se cuentan desde ochenta mil á doscientos mil y mas.

En 1849 ningún peregrino se echó bajo las ruedas de los carros; el fanatismo de la antigua edad va desapareciendo; y desdichados los sacerdotes si tratan de reanimarlo. El gobierno inglés les ha hecho responsables de la sangre que se derrama. Pero hay otro sacrificio que se renueva impunemente todos los años; el de millares de hombres que vienen á perecer en las calles y plazas de la ciudad santa: este número infinito de almas inmortales que envilece un culto degenerado.

Introduccion del café y del tabaco en Constantinopla.

Los dos fragmentos que damos á continuacion están extractados de una historia turca, que se halla entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional de París. El nombre del autor no ha llegado hasta nosotros: solamente se sabe que tenia el nombre de Betchevi, es decir, nacido en Betché, en Hungría, y se cree que compuso su obra en el reinado del sultan Ibrahim, el año 1050 de la Egira (1640 de J. C.).

I.

El café.

No se tenia ningún conocimiento del café en Constantinopla, y no existia ningún lugar donde se vendiera, ni en toda la Tomelia, antes del año 962 de la Egira. Entonces fué cuando dos particulares, uno de los que era natural de Damasco, llamado Chanzo, y el otro de Italeb, llamado Itakem, vinieron á Constantinopla, y abrieron cada uno en el cuartel llamado Takhtecalah, una gran tienda, y empezaron á vender este licor. Esta tienda fué desde luego el lugar de reunion de los indolentes y ociosos, y bien pronto concurren allí los hombres de talento. Se formaron reuniones en veinte ó treinta puntos de esta tienda. Entre los que la ocupaban, los unos se ocupaban en leer libros, los otros en jugar á los dados, y otros llevaban poesías nuevas, y discutian sobre las ciencias. Como se conseguia todo esto por algunos aspres (5), los que querian reu-

- (1) Nacion del Payab, célebre por las sangrientas batallas que ha dado á los ingleses.
- (2) Los maharathas, en la superficie del Decan, guerreros entusiastas é intrépidos, antes temidos en toda la India y aun por los ingleses. Su imperio no se destruyó definitivamente hasta 1818.
- (3) Los telingas ocupan el centro oriental de la costa del Decan.
- (4) Pueblo mercantil y navegante en la costa occidental del Decan.
- (5) De la palabra turca *ascho*, blanco, de que los griegos han hecho *aspron*, aspre, que tiene la misma significacion. Es una moneda de

nir amigos los regalaban con café, y siempre ganaban. Los que iban á Constantinopla para solicitar empleos, los cadis, los muederris, y todos los que no tenian que hacer, se retiraban á un rincón, diciendo que en ninguna parte se podrian divertir mejor (1). En fin, esta tienda era tan frecuentada, que apenas se encontraba donde sentarse.

La reputacion del café creció hasta tal punto, que muchas personas distinguidas, escepto las que tenian las dignidades superiores, venian allí sin reserva. Los tinarres, los muezzins y los devotos de profesion empezaron á clamar que el pueblo corria al café, y que nadie iba á las mezquitas. Los ulemas, sobre todo, se pronunciaron abiertamente contra esta bebida, y sostuvieron que valia mas ir á una taberna que á un café. Los waitz (2) hicieron grandes esfuerzos para prohibir este licor. Los muftis, pretendiendo que estaba dispuesto de una manera que podia convertirse en carbon lo que estaba prohibido por la ley, dieron decisiones auténticas en este sentido.

En el reinado de Monrad III se renovaron las prohibiciones; pero algunos amantes de esta bebida obtuvieron de los sombachis (3) el permiso de venderla en los coultok (4) ocultos á la vista del público. Desde esta época llegó á generalizarse tanto su uso, que se cansaron de prohibirle los waitz y los muftis; desengañados de su equivocacion, declararon que esta sustancia no estaba realmente carbonizada y que podia tomarse; así es, que los scheiks, los ulemas, los visires, y todos los grandes sin distincion la tomaban. Se llegó hasta el extremo de que los visires hicieron construir cafés por su cuenta, y los alquilaban por unos dos cequines diarios (5).

Menos de medio siglo después de la introduccion del café en Constantinopla, se habia aumentado el consumo tan prodigiosamente, que en tiempo de Mustaphá II, el año de la Egira 1109 (1698 de J. C.), el gobierno, segun leemos en un extracto de los *Anales del imperio turco* (6), ordenó el establecimiento de almacenes en las principales aduanas del Estado, donde se depositase, y le sometió, aun para los negociantes extranjeros, á una nueva imposicion de cinco paras por oca (seis ó siete dineros por instante). Cada una de estas ocas equivalia á un saquito, y cuarenta mil de estos formaban tres quintales de Viena. El antiguo derecho habia sido de ocho aspres por oca para los musulmanes, y de diez para los cristianos, lo que no impedia que llegara á pagarse el café hasta dos piastras y media por oca (1 franco 70 céntimos poco mas ó menos).

El mayor consumo de este género se hacia en Egipto. De cuarenta mil fardos que abastecia anualmente el Iemen en la escala de Dejéda, puerto del mar Rojo, la mitad se llevaba á Egipto, y el resto se vendia en las provincias turcas.

II.

El tabaco.

El tabaco fué llevado por los ingleses en 1009 de la Egira (1600-1601 de J. C.) y vendido como un remedio contra la humedad. Muchas personas le encontraron agradable, y creyeron notar en este vegetal una propiedad que dispone los ánimos á la alegría. Así es, que una gran parte de los ulemas y de las personas acomodadas, no tardaron en disfrutar de esta distraccion. Pero en los cafés, á causa de lo mucho que le usaban los ociosos, se elevaba el humo hasta el cielo, y no podian verse unos á otros. En las calles y mercados, la pipa no se caia de las manos de los concurrentes; se divertian en enviarse recíprocamente el humo, y se leian versos que elogiaban el tabaco.

He discutido, dice Betchevi, muchas veces con mis amigos á cerca de su uso. Además de que su olor es desagradable, les decia, que atonta la cabeza, y que se impregna en los cabellos, en la barba, en el turbante y en los vestidos del que fuma, y que inficiona las habitaciones, su ceniza ensucia todo el interior de la casa, y muchas veces quema los tapices y las alfombras. Después de estos inconvenientes y otros muchos, ¿cuáles pueden ser su utilidad y el goce que proporciona? No es mas que un pasatiempo, me replicó uno, y un medio de distraerse. El hecho es que no hay en ello ninguna apariencia de goce espiritual que pueda encantar la imaginacion, y que esta respuesta me es satisfactoria. Además de esto, el tabaco ha sido muchas veces en Constantinopla la causa de grandes incendios, que dejaron sin hogar á muchas familias. La única utilidad que no se le puede negar es, que en los bajeles impide que los centinelas se duerman, y que preserva de la humedad, promoviendo la sequedad. Pero por tan pequeños beneficios no se deben esponer á tantos males.

Sin embargo, el uso del tabaco hizo extraordinarios progresos hasta el año 1045 de la Egira (1635 de J. C.) Quiera Dios alargar los días, la prosperidad y la justicia de nuestro poderoso monarca, que ha hecho cerrar los cafés en todo el imperio otomano, y reemplazarlos por tiendas adecuadas á la localidad, y ha prohibido igualmente fumar! De esta manera hace tan gran beneficio á los pobres y ricos, que aun cuando estuvieran dándole gracias hasta el fin del mundo, no pagarían suficientemente el tributo de su reconocimiento.

(Esta prohibicion del sultan Ibrahim cayó en desuso algun tiempo después; porque los otomanos se habian guardado muy bien de conservar la menor gratitud. El tabaco, para ellos sobre todo, es en el día el accesorio del café, que toman como es bien sabido hasta las heces, y sin azúcar.)

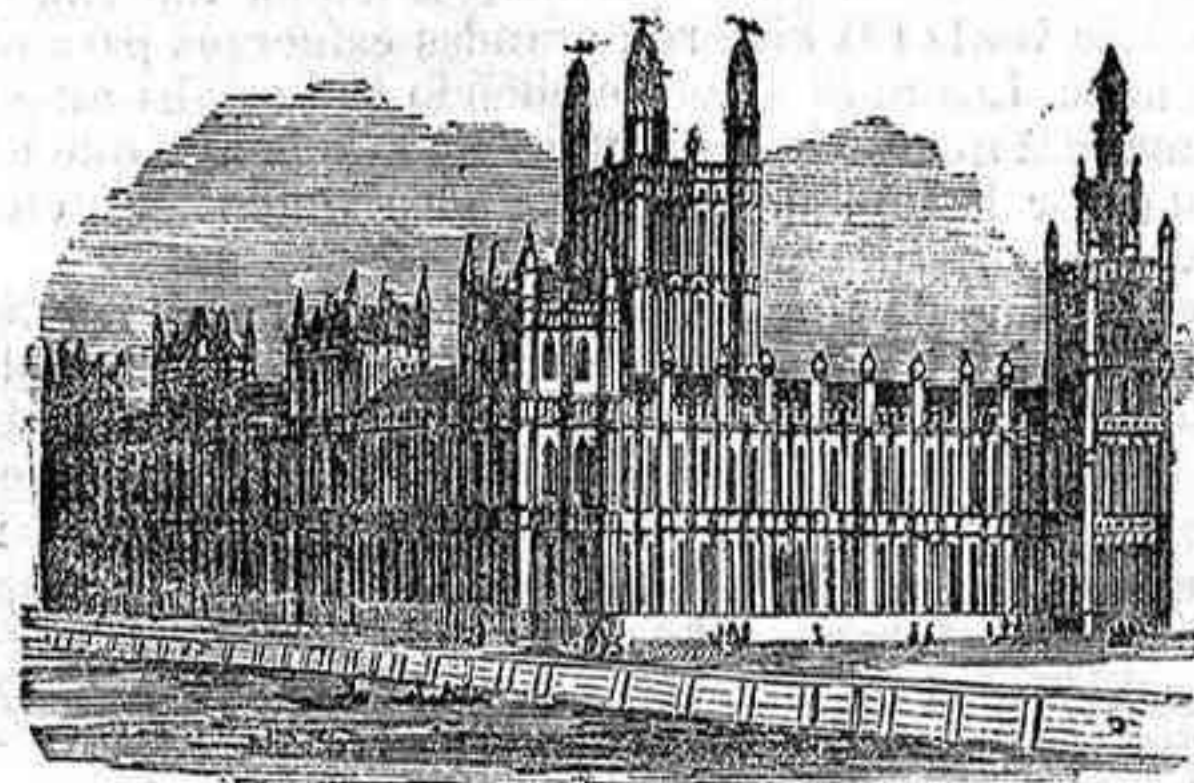
plata tan pequeña, dice Chanjin, que se pierde entre los dedos: hay dos clases de aspres, la corriente, que vale medio sueldo; y la *innaculada*, que se valua en nueve dineros.

- (1) Se ve muy bien la intencion irónica del autor, que no hace ninguna distincion entre un ocioso y un juez (*cadí*), ó un doctor y profesor del dogma y de la ley de los musulmanes (*muederris*).
- (2) Predicadores.
- (3) Oficiales de la policia.
- (4) Trastienda, y algunas veces tienda dependiente de un establecimiento mayor; lo que llamaríamos una sucursal.
- (5) El autor no especifica qué clase de cequines. En la duda, y tomando un término medio, se puede suponer que cada uno de estos cafés reportaria diariamente al propietario de cuatro á ocho francos.
- (6) Estos anales han sido redactados por los historiadores contemporáneos Saad-Eddin, Naíma, Raschid, Tchilebi, Sadi, Sami, Schems, Subh, Isi, y Wassif.

UN PASEO POR LONDRES.

(Continuacion.)

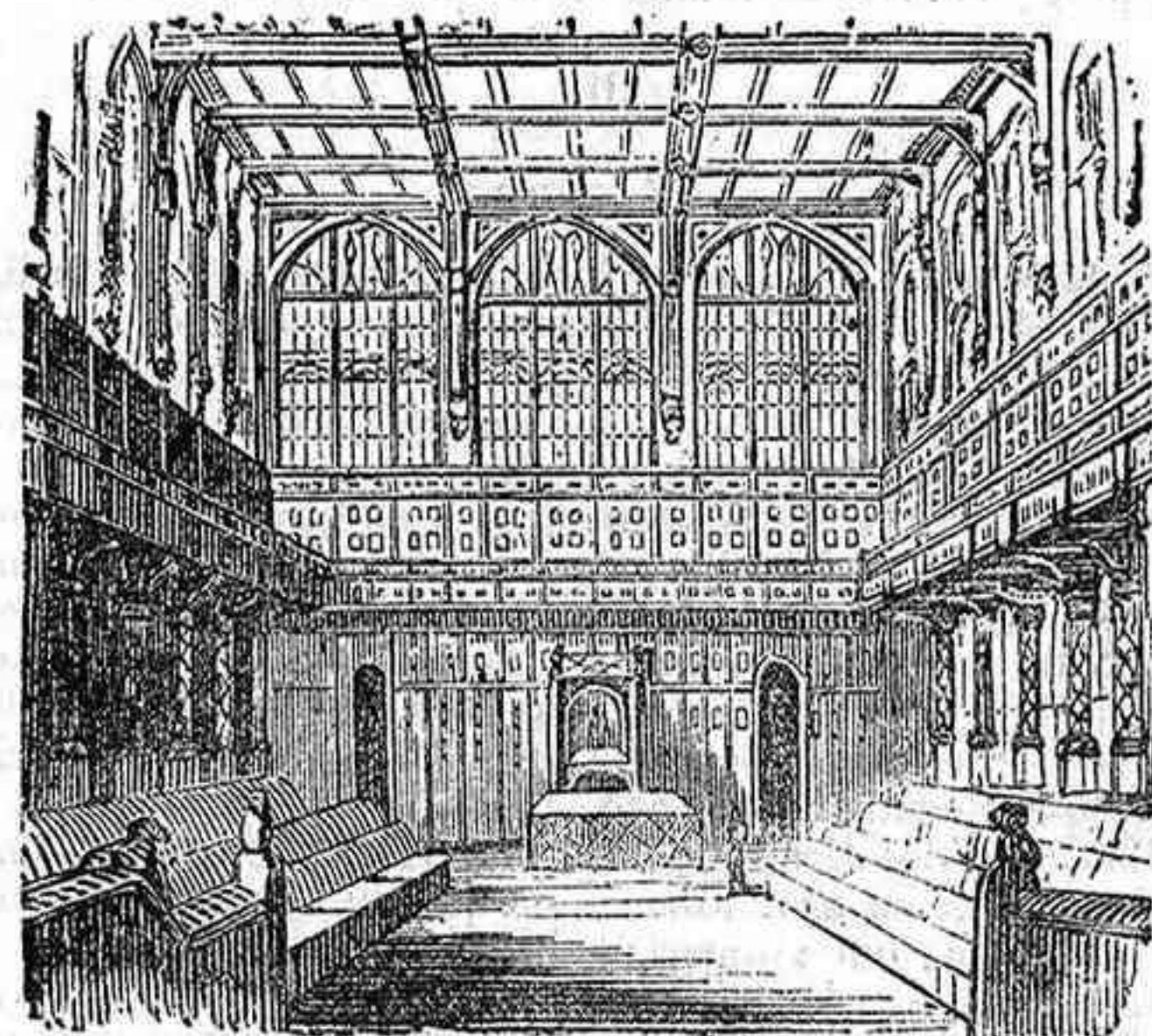
Concluiremos el segundo dia de excursion, visitando las nuevas casas del Parlamento, THE NEW HOUSES OF PARLIAMENT, cuya completa construccion se está efectuando con la mayor solicitud. En la noche de 16 de octubre de 1834, un incendio



The new houses of parliament.

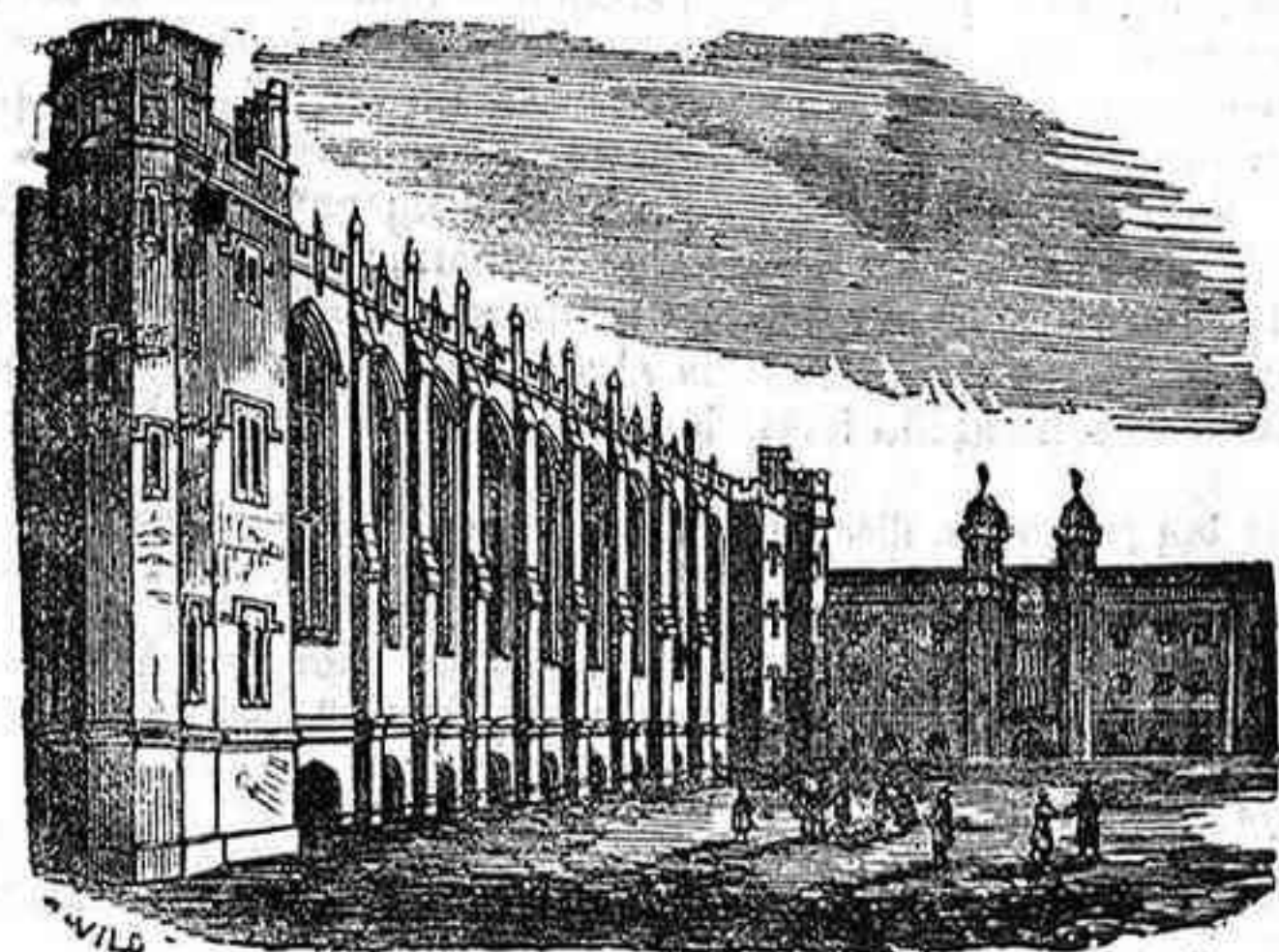
destruyó el primitivo edificio, librándose únicamente de las llamas la galería pintada, que es precisamente el lugar que Guy Jaukes trató de hacer volar con pólvora. Al reedificar estos edificios se resolvió que las dos cámaras fuesen construidas con una estension, conveniencia y magnificencia dignas de la capital del Reino Unido. El plan del señor Baddy, con ciertas modificaciones, fué adoptado, y bajo su direccion esta gran obra ha sido la admiracion de todos.

Nada puede compararse con los adornos y labores del interior de la Cámara Baja, HOUSE OF COMMONS, que termina en direccion O. con las varias oficinas parlamentarias. El salon del centro, de forma octógona, tiene 70 piés en cuadro. Hacia el S. y en línea con la Cámara de los Pares se halla el salon de Victoria y la galería por la cual se comunica con la escalera real y la magnífica y estupenda Torre de Victoria



House of commons.

que se halla al extremo S. del edificio, y es propiamente por donde entran las personas reales cuando asisten en Estado. Además del espacio que ocupa Westminster Hall y patios contiguos, este nuevo edificio comprende un terreno de seis acres. La fachada que da al Támesis tiene 870 piés de largo, siguiendo en ángulos rectos con el puente Westminster. Todo el edificio está á prueba de incendios, y no se ha empleado en su construccion ni una pulgada de madera. El material usado hasta ahora asciende á mas de un millon de toneladas de piedra, 24 millones de ladrillos, y 5,000 toneladas de hierro. Se permite la entrada mientras duran las sesiones del Parlamento, y puede obtenerse de once á dos todos los sábados, mediante permiso del camarero mayor, cuya oficina se halla en el palacio de San Jaime. Como la minuciosa inspec-

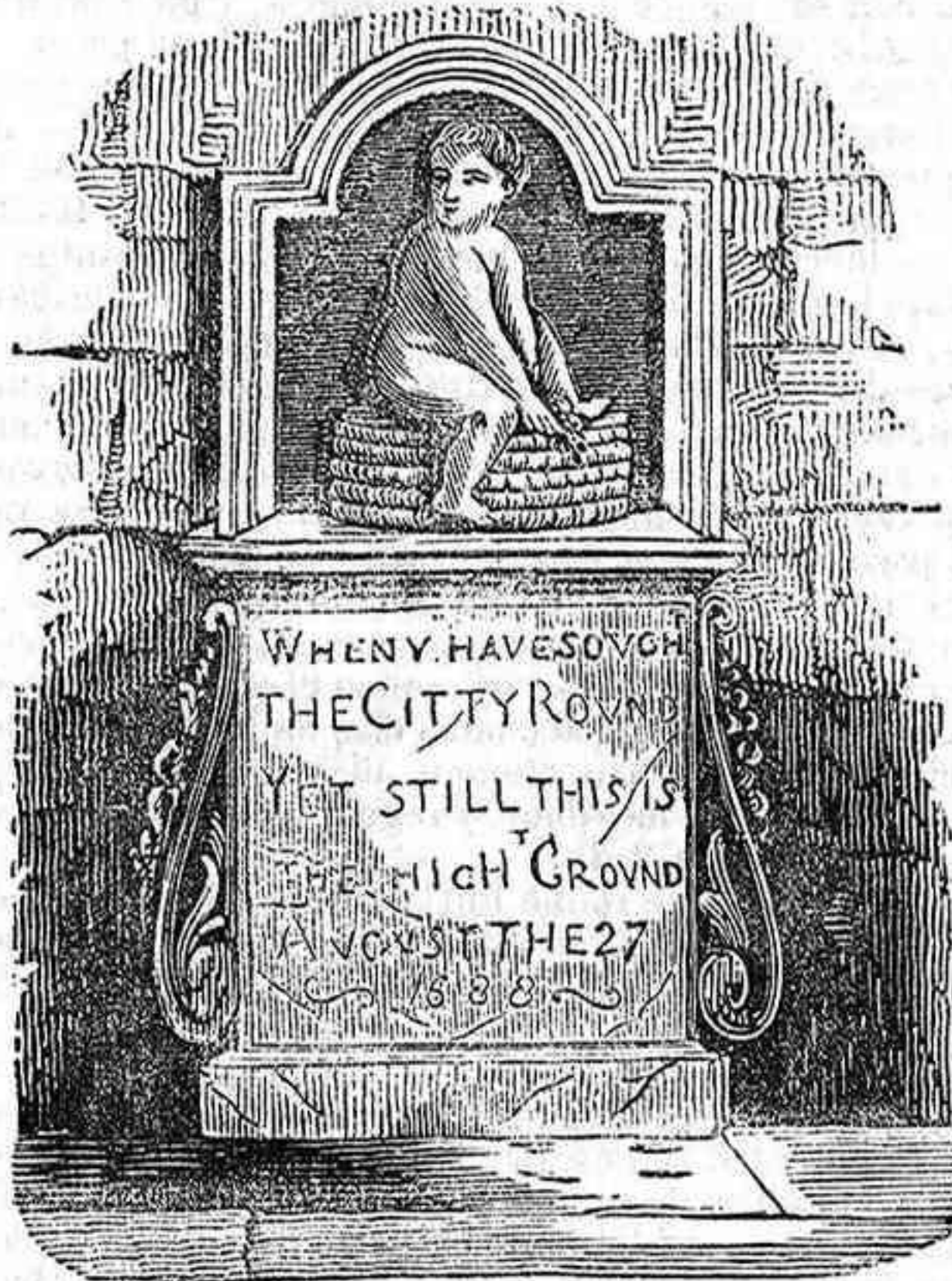


Christ's hospital.

cion del precitado edificio ocupará necesariamente el resto del segundo dia de paseo, aconsejamos al curioso viajero que aproveche después el vapor ú ómnibus que convenientemente

se presenta para conducirlo de vuelta á las inmediaciones de San Pablo ú otro punto de la metrópoli.

TERCER DIA. Volviendo á salir de las inmediaciones de la catedral de San Pablo, se recomienda primeramente la inspeccion del hospital llamado del Cristo, CHRIST'S HOSPITAL, conocido por otro nombre por Blue Coat School. Este instituto fué fundado por Eduardo VI para los desvalidos y huérfanos, y es uno de los cinco reales hospitales, bajo el cuidado del lord corregidor y municipalidad de Londres. Ocupa el local donde existia un priorato fundado en 1223. El gasto anual para su sosten asciende á 35,000 libras esterlinas. Entre las personas enterradas en sus claustros debe citarse á un tal Tomás Burdelt, que fué ejecutado bajo el reinado de Enrique IV por solo el deseo que manifestó de que los cuernos de un ciervo blanco favorito que el rey habia muerto, hubiesen traspasado el cuerpo de la persona que aconsejó al soberano que lo matase. Buscando la calle New-gate se entra en Paternoster row, cuyo



Remarkable sculpture.

nombre proviene de haber habido en esa parte de Londres varias manufacturas de emblemas religiosos.

En Lovell's Coust, el moralista Richardson escribió la mayor parte de sus obras; y en la callejuela Paunier se nota una escultura curiosa, REMARKABLE SCULPTURE, tal como la representa el grabado. Figura á un niño sentado sobre un cesto que en versos advierte á los transeuntes que se hallan en el terreno mas elevado de Londres.

Volviendo á la calle New gate, á su extremo O. se halla la carcel New-gate, formando ángulo con la antigua Bailía. Fué receptáculo de delincuentes desde el año 1218. Sobre la puerta llamada del Deudor, muchos han sido los criminales que en otro tiempo han sufrido la última pena; pero gracias á la moralidad del siglo estas tristes escenas tienen lugar muy de tarde en tarde. Aquellas personas que desean ver el interior de esta cárcel, pueden conseguir su objeto con una órden de uno de los alguaciles. Contigua se halla la Corte Cri-



The giant and Dwarf.

minal del Centro, que es donde se juzgan todas las causas criminales.

Al extremo de la calle New-gate, núm. 80, hay un trozo de escultura que representa á un gigante y á un enano, THE GIANT AND DWARF, quienes vivieron bajo el reinado de Carlos I, y tenian su residencia en las inmediaciones. El primero se llamaba Guillermo Evas, y era guardia del Rey, y el enano, de nombre Jeffery Hudron, es célebre en la novela de Sir Walter Scott, titulada Peveril of the Peak.

En la esquina del callejon Naruick se ve la memorable esfigie de GUI CONDE DE NARUICK, cuya residencia se hallaba en otro tiempo en aquel mismo local. La historia recuerda que este conde se hizo célebre en tiempo del rey Athelstan, mandando al jefe danés Coldbraud. Tiene la fecha del año 1688, y se conserva bastante bien. De cara á Holboruhill, y prosiguiendo en línea recta hácia el puente Blackfrias, se entra en la calle Farruigton, á cuyo extremo se verán las ruinas de la

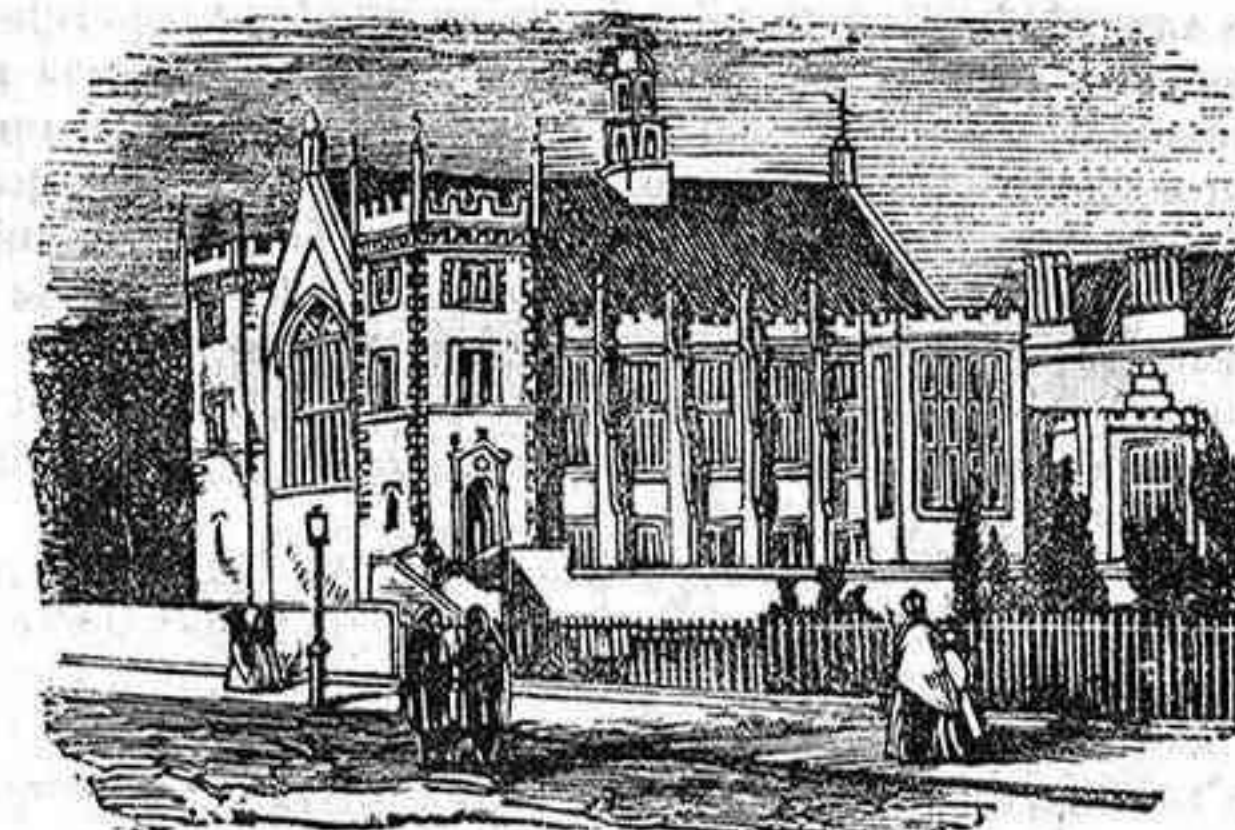
cárcel llamada Old Fleet Prison, que fué la de deudas, fundada en el primer año del reinado de Ricardo I. A la izquierda de Holborw hill, está la iglesia de San Andrés, y en frente se



Guy, Earl of Warwick.

halla la plaza Ely, donde existieron en otro tiempo los jardines del obispo de Ely. Contiguo se encuentra el jardin Hatton, donde residia en otro tiempo la gente acomodada y el comercio. En la calle Cross pueden verse los restos de un edificio llamado Hatton house, edificado por el lord canceller Hatton en tiempo de la reina Isabel. Mas adelante, pasando una arcada, está la fonda llamada Grays Sun, que deriva su nombre del de lord Grey, y llama la atencion por su hermoso jardin. Ascendiendo en la misma direccion hay un pasaje estrecho conocido por Great turnstile, que conduce á un llano llamado Lincoln's Sun Field.

Merece tambien la atencion un edificio conocido por THE NEU HALL, de hermosa arquitectura gótica, conteniendo un gran salon, una librería y varias oficinas. Aquí fué donde lord Guillermo Russell fué decapitado. En su extremo Norte está el museo Soane, que contiene una estensa coleccion de curiosidades que ha procurado sir Juan Soane, la principal de las cuales es un ataúd egipcio de alabastro, cubierto de geroglíficos, que cuenta 3500 años de antigüedad. Fué traído de Tebas por Belsoní. Esta coleccion, única en su clase, se valua en 30,000 libras esterlinas, y fué regalada á la nacion por sir Juan en 1833. Este museo está abierto al público



The new hall.

todos los lunes, martes, jueves y viernes. Al S. de la plaza se halla el colegio de los Cirujanos, College of Surgeons, donde se ven varias cosas curiosas, como el cuerpo embalsamado de la esposa de Buchell; además muchos esqueletos de célebres gigantes y enanos. Cuanto allí se enseña se valua en 30,000 libras esterlinas. Tambien se conserva aquí el esqueleto de un elefante de extraordinarias formas.

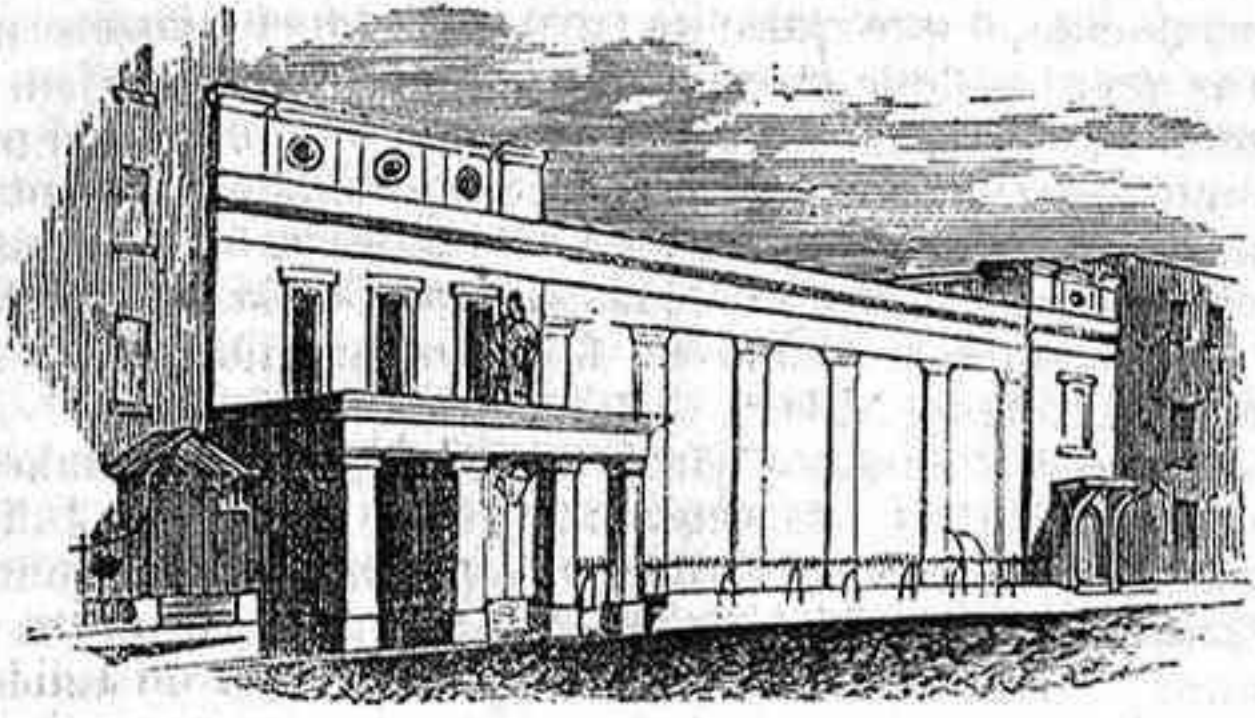
Al dejar este sitio por la calle Little Queen street se cruza á la del Museum, que conduce á la de Great Russell Blomsbury, donde se llega al Museo Británico, THE BRITISH MUSEUM. En este edificio se encuentra una espléndida coleccion de producciones clásicas de Grecia y Roma. Sir Haus Alvane fué el fundador de este gran receptáculo de curiosidades de mucho mérito y valor, aumentadas por las que ha procurado sir Rober Cotton. Los libros y otros objetos que fuéron ofrecidos al público por él, habiéndolos comprado el gobierno, fué necesario destinar un local para recibirlos. Casualmente se proporcionó la casa Montagne, muy propia al efecto; y adquirida



The british museum.

en 1653 ha sido destinada para el citado museo, que gradualmente se ha ido enriqueciendo con donativos, cesiones y compras de toda especie de animales, vegetales, fósiles, minera-

les, esculturas, libros, manuscritos etc., etc. El catálogo puede solamente dar una relacion de todos los objetos de literatura y artes que se hallan en aquel recinto; pero no debemos omitir el hacer mención de los célebres mármoles que trajo lord Elguin de Atenas; las antigüedades de Herculáneo y Pompeya; papiros y documentos autógrafos; ni tampoco debemos omitir una numerosa y curiosa serie de periódicos desde el año 1603 hasta la fecha. Este museo está abierto al público todos los lunes, miércoles y viernes, de diez á cuatro desde setiembre hasta mayo, y se cierra durante algunos dias de los meses de enero, marzo y setiembre, y en algunos dias señalados del año.



The Queen's theatre.

Dejando este edificio se entra en la calle *Tottenham*, donde se ve el teatro llamado de la Reina, THE QUEENS THEATRE; en su origen fué lugar de reunion para dar conciertos, a los cuales asistian las personas reales, pero hace ya cuarenta años que figura en los teatros de segundo orden de la capital. En las inmediaciones de la calle *Oxford* está la plaza *Soho*, en cuyo centro hay erigida una estatua de Carlos II. En uno de los ángulos de esta plaza hay un bazar que es el primero que se estableció en Londres.

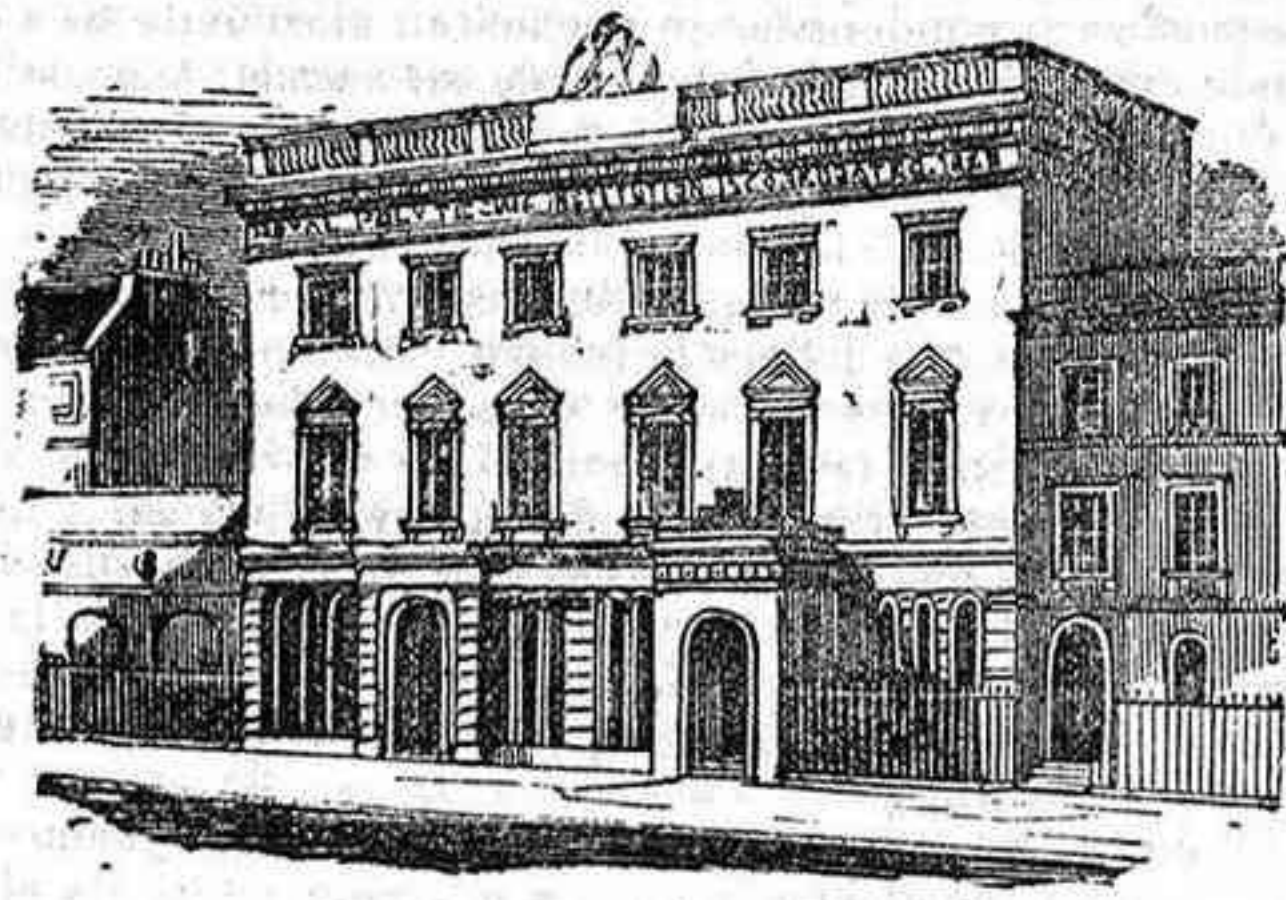
Volviendo á entrar en la calle *Oxford* se pasa al elegante teatro llamado PRINCESS'S THEATRE, y en frente está el bazar llamado del *Panteon*, que en otro tiempo fué lugar de diversiones públicas. Pasando el mercado llamado *Oxford* y la calle *Regent* á la derecha, se entra en la calle *Regent Norte*, donde se presenta al espectador el Instituto Politécnico, POLYTECHNIC INSTITUTION. Este espléndido edificio, destinado para la ilustra-



Princess's theatre.

cion de las ciencias prácticas, en conexion con la agricultura, las artes, manufacturas, etc. fué abierto en 1838. Aquí se encuentra un sin número de objetos de mucho interés y utilidad. Modelos para buques de todas clases, aparatos eléctricos, relojes regulados por medio del galvanismo, vistas disolventes, efectos ópticos, etc., etc. Este establecimiento está abierto durante el dia de diez á cinco, y de siete á diez durante la noche, pagando un chelin de entrada.

En el ángulo O., en la calle *Hannover*, se presenta á la vista la iglesia de San Jorge, SAINT GEORGE'S CHURCH, una de las cincuenta iglesias edificadas bajo el reinado de la reina Ana. Se admira en ella el pórtico y el campanario. Un gran cuadro representando la última cena forma el principal altar; de la calle *Conduit* se pasa á la de *New Boud*, que como lugar comercial y de moda, supera á su vecina *Regent street*. En



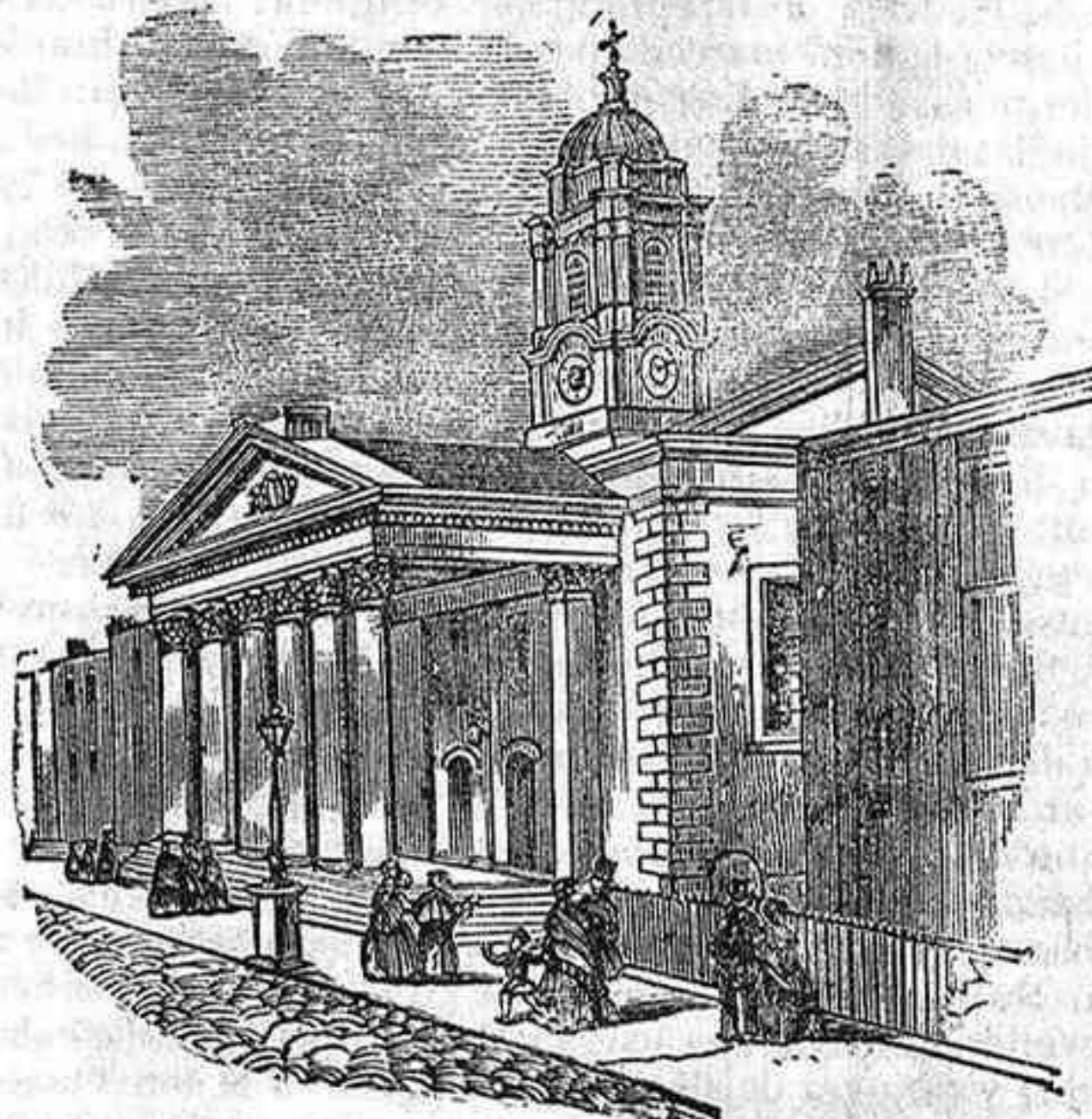
Polytechnic institution.

las inmediaciones de estas dos calles estan las plazas *Berkeley* y *Gresvenor*. En el centro de la segunda existe una estatua ecuestre de Jorge I.

Volviendo á cruzar la calle *Oxford* se entra en la plaza *Portmant*, y de allí se entra en la calle *Baker*, donde se verá

la esposicion de la señora Tussaud, MADAME TUSSAUD'S EXHIBITION, de figuras de cera. Al estremo de la calle *Oxford*, se puede dar la vuelta por *Edgenare Road*, que conduce á la principal entrada del parque del Regente, *Regent Park*, uno de los sitios mas espléndidos de la metrópoli por su magnificencia y riqueza. En el parque se verán los jardines geológicos, que han florecido mucho mas de lo que se esperaba atendido aquel clima, y la coleccion de plantas que en ellos existen es muy variada y de mucho mérito. En ellos hay tambien una coleccion de animales raros y sin igual en Europa; se paga de entrada un chelin. En domingo solamente se admite con la presentacion de un socio.

Hacia la entrada del parque del Regente está el coliseo, THE COLOSSEUM, que fué abierto al público con un gran panorama de la vista de Londres. Se halla contiguo el *Diorama*: se diferencia del panorama en que aquel, en lugar de una vista circular de los objetos representados, representa de una vez todo el cuadro en perspectiva, produciendo efectos de luz, sombra, nubes, etc., etc. Se paga de entrada un chelin. Volviendo á entrar en *Neso Road*, se cruza *Tottenham-Court road* y se entra en la plaza *Belford*.



St. George's church.

El objeto que aquí llama la atencion es la Universidad de Londres, LONDON UNIVERSITY, fundada en 1826. Aquellas personas que deseen ver su interior pueden conseguir su objeto presentando una solicitud.

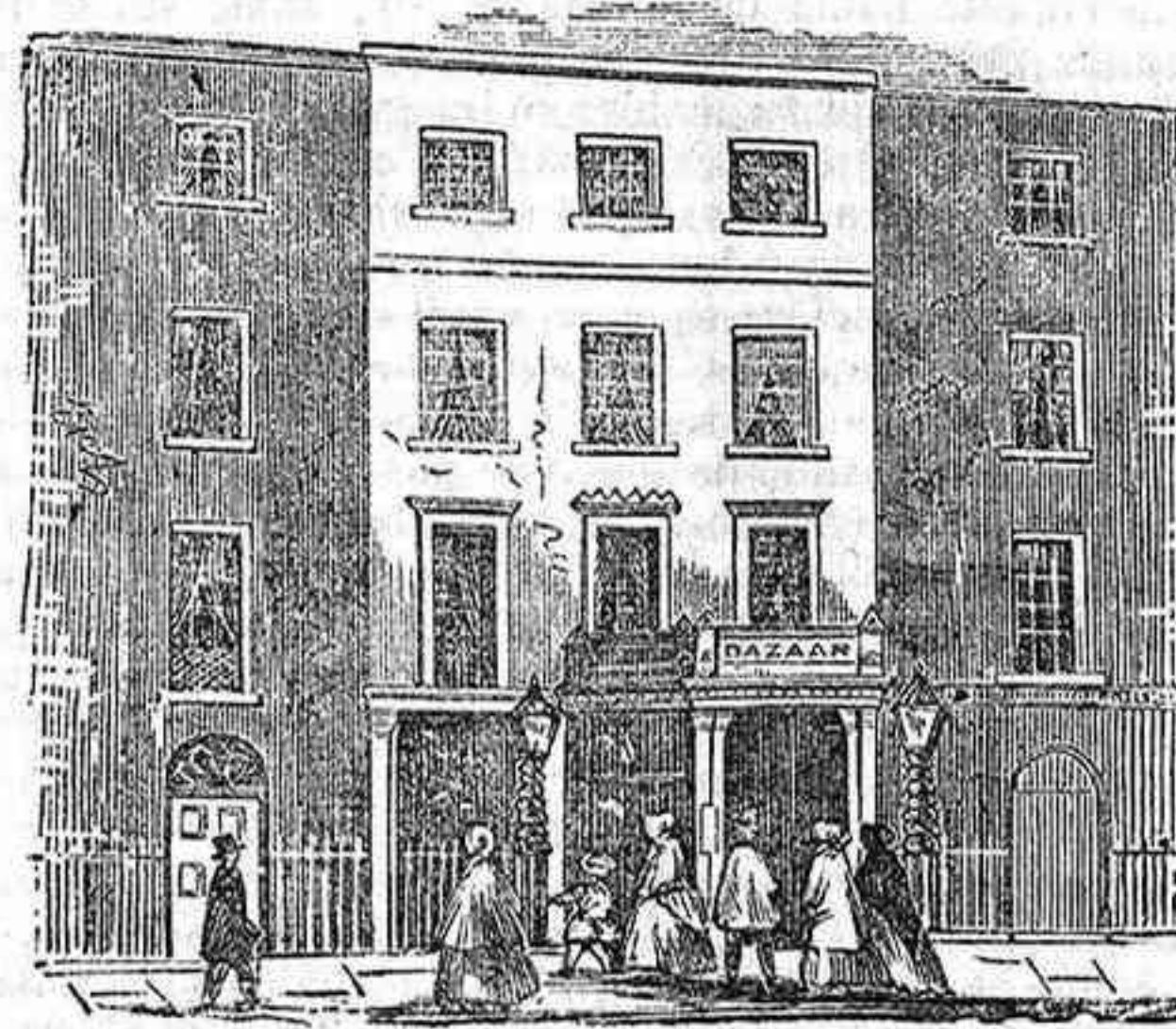
Pasando de este sitio á la plaza *Euston* se llega al gran término de BIRMINGHAM RAILWAY. Casi enfrente está la iglesia de San Pancracio, cuyo costo fué de 78,000 libras esterlinas, y está construida á imitacion de Erectheus en Atenas. El púlpito y coro está hecho de un roble célebre en la historia. Ascendiendo á *New road* por el puente *Battle*, se cruza *Pentonville* y se llega á *Angel Islington*.

(Continuará.)

LOS VIAJEROS MODERNOS.

(Continuacion.)

Mr. Surr ha visto en casa de un pintor chino una serie de cuadros que representan las diversas faces de la vida del fumador: primero los goces tranquilos del hogar doméstico, el

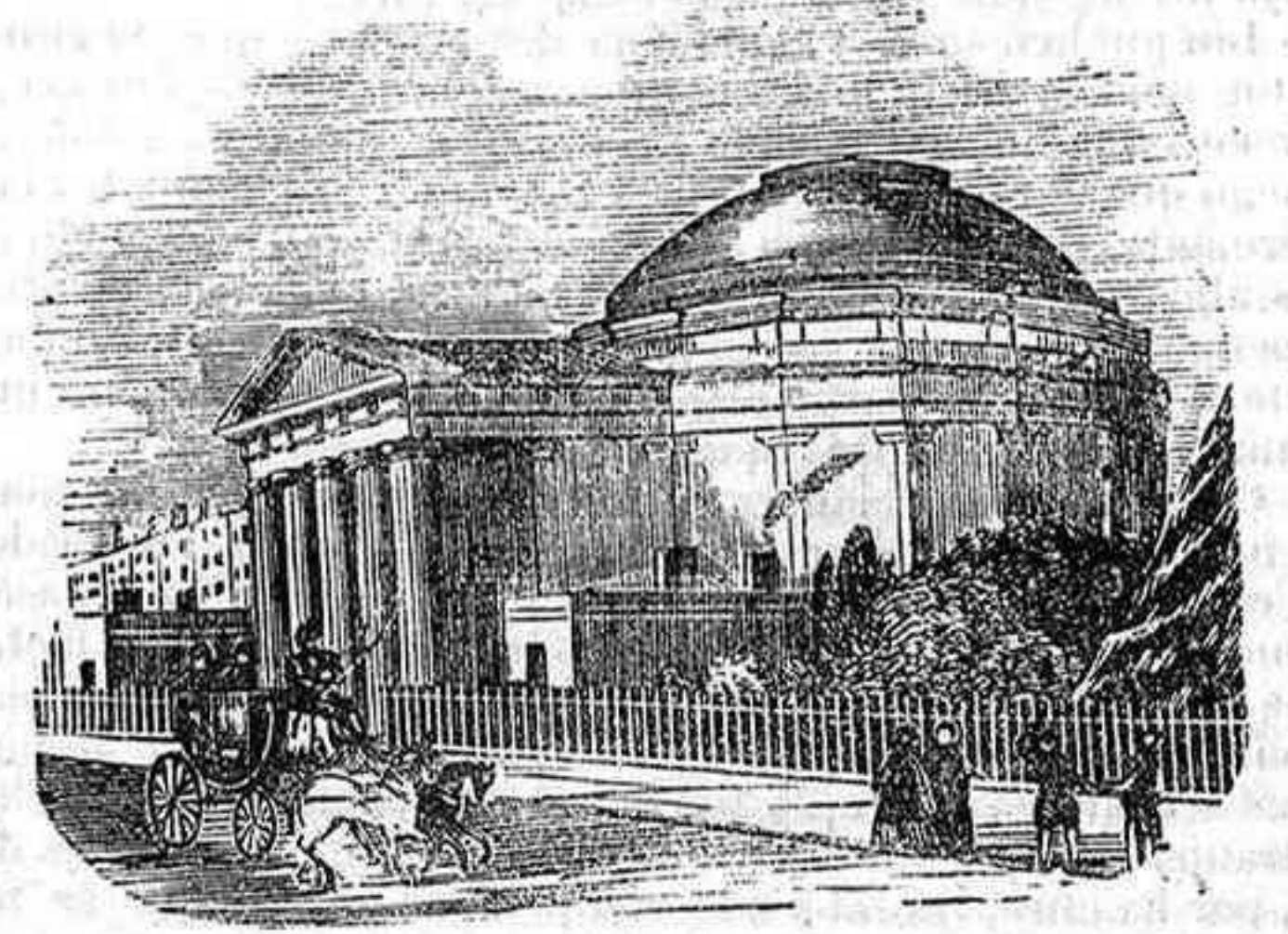


Madame Tussaud's exhibition.

risueño aspecto de la satisfaccion interior; luego el primer paso por el camino peligroso, el olvido de la muger y de los hijos; después la decadencia, y por último, la miseria y la desesperacion. Es la vida del jugador, tal como fué representada hace algunos años en nuestros teatros: la misma ceguedad, el mismo ardor frenético y la catástrofe mas rápida. «En las casas abiertas por las noches á los fumadores, puede verse á la vez, dice Mr. Joselyn, á todos esos desgraciados en los diversos fenómenos de su pasion: unos entran apresuradamente para satisfacer el violento deseo que han sufrido todo el dia; otros que han saboreado ya algunas pipas, rien y hablan con una especie de alucinacion; otros están tendidos lánguidamente en sus lechos con una espresion de imbecilidad, inertes y mudos, indiferentes á todo lo que pasa á su alrededor. Inmediata á la sala ocupada por los fumadores, hay otra habitacion en que mugeres complacientes les invitan á sentarse á una mesa de juego, y cerca de esta otra sala silenciosa y triste, adonde son conducidos aquellos que al fin han

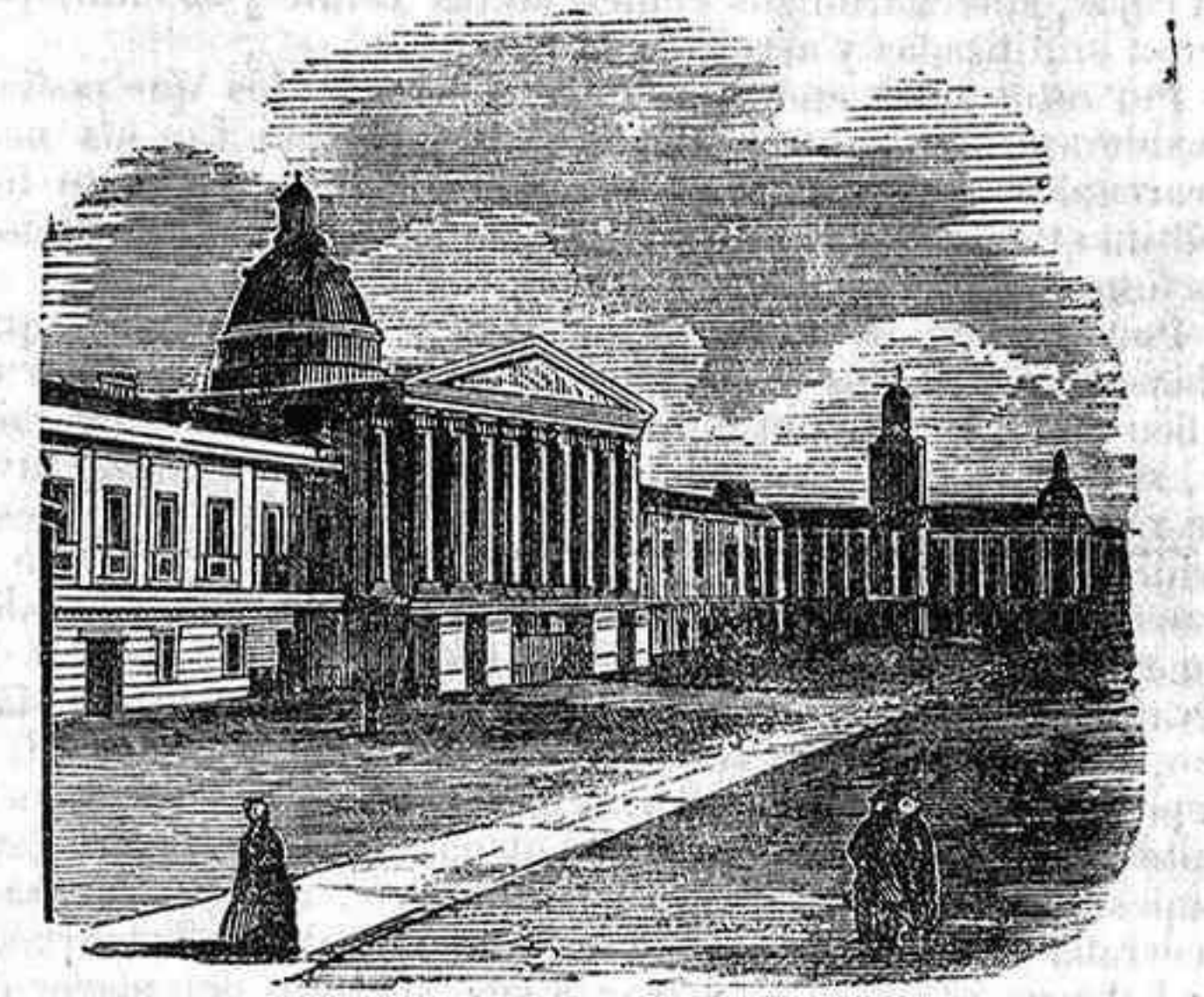
alcanzado el último grado de felicidad que buscan en el vapor del opio, el aniquilamiento del cuerpo y de la razon, el sueño aletargado, imagen del último sueño, de que muy pronto no se despertarán jamás.»

El gobierno chino reconoció desde luego los desastres del veneno indio, y trató de impedir sus progresos. Se escribie-



The colosseum.

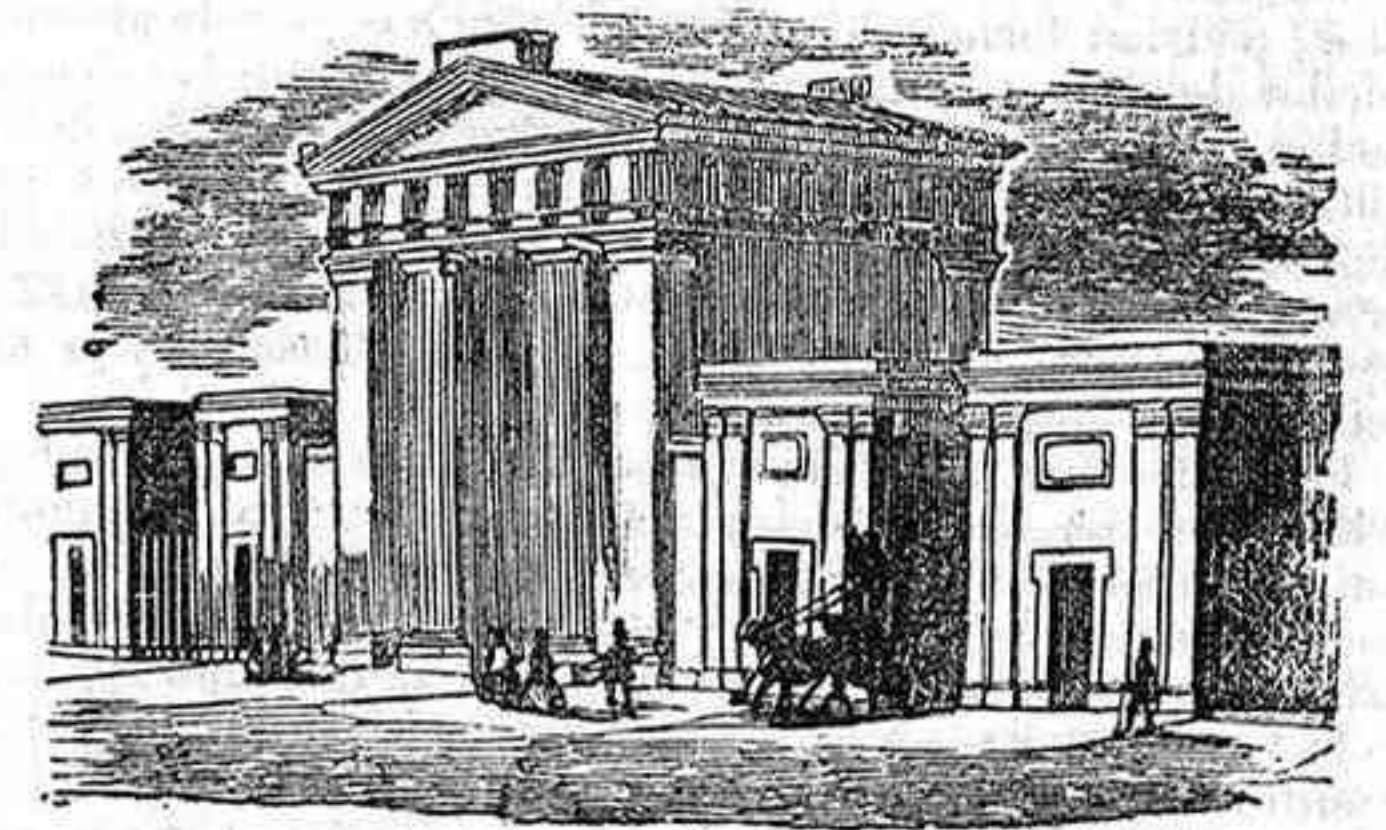
ron amonestaciones por mandarines inteligentes, y se publicaron por las ciudades, anunciando al pueblo las desgracias á que se esponia entregándose al vicio del opio. Los edictos imperiales prohibieron la venta de esta droga funesta; se enviaron órdenes á todos los puertos para vigilar y apresar todos los buques que tratasen de introducirla de contrabando. Pero estas sábias medidas no han podido destruir el tráfico del opio; no han hecho sino darle mas valor, así como los cruceros rusos en el mar Negro han aumentado el precio de las circasianas que los negociantes de esclavos embarcan para Constantinopla. Los negociantes ingleses han encontrado en el comercio del opio un filon de oro, que ni representaciones, amenazas ni sentencias han podido arrancarles. Mr. Martin, en su obra sobre la China, cita una casa que ha ganado con el opio tres millones de libras esterlinas (300 millones). En 1845 se consumieron 30,000 cajas, que han cos-



London university.

tado á los chinos 28 millones de duros. Esta es la suma que en un solo año paga el celeste imperio al genio inglés por envenenar y hacer perecer á unos tres millones de sus habitantes.

Viendo el gobierno chino que el mal se iba aumentando de dia en dia, resolvió poner fin á él por medidas enérgicas. En 1837 los magistrados de Canton, estimulados por las instrucciones que recibian de Pekin, lanzaron de la ciudad á muchos comerciantes interesados en el comercio prohibido. En la misma época otros comerciantes tenian el atrevimiento de presentar en la corte imperial una peticion para obtener la venta libre del opio, y un mandarin de alta categoria contestaba á esta peticion con un manifiesto elocuente: «No sin motivo, decia, en el año 1717 el sabio emperador Kang-he espresaba el temor de dejar á los extranjeros entrar en el ce-



Birmingham railway.

leste imperio. Ahora vemos surgir los peligros que preveia aquel prudente monarca...»

El 2 de diciembre de aquel mismo año, los magistrados de Canton decomisaron doce cajas de opio, y condenaron á un contrabandista á ser ahorcado delante de las factorías eu-

ropas. Considerando los comerciantes esta ejecución como un insulto hecho á su pabellon, tomaron las armas, y se empeñó entre ellos y los soldados chinos una colision que costó mucho trabajo á las autoridades locales apaciguar. El emperador, sin embargo, insistió firmemente en su resolución. Mandó degradar á tres individuos de su familia, convencidos de haber fumado opio. Hizo proclamar severos edictos en las provincias, y envió á Canton en calidad de comisario superior á un hombre de un carácter enérgico, el mandarin Lin, cuya inteligencia y probidad elogia Mr. Serr.

Lin publicó sobre el opio una disertación, que, según el autor citado, haría honor á un buen escritor de Europa, y ofrece cumplir con firmeza los órdenes que había recibido. Luego que empezó á ejercer sus funciones, intimó á los comerciantes de Canton que le entregaran el opio encerrado en sus almacenes, ó á bordo de sus buques. Los comerciantes, esperando apaciguar su rigor, le presentaron mil treinta y siete cajas; el mandarin manifestó que esta no era sino una mínima parte de su provision, y que quería el todo.

Como los comerciantes se resistiesen á esta intimación, el inflexible mandarin ordenó á todos los chinos, empleados en el servicio doméstico ó en las factorías, que abandonasen inmediatamente. Colocó centinelas á las puertas de las factorías extranjeras, otros centinelas en los tejados de las casas vecinas, mandó establecer en el río un triple cordón de buques armados, interceptó todas las correspondencias de los extranjeros, y por último los cercó, como vulgarmente se dice, por hambre, prohibiendo con pena de muerte que se les suministrase agua ú otras provisiones.

Como se ve, el rigoroso Lin no escaseaba los medios de represión, y no era hombre que cedía como algunos de sus predecesores por hipócritas promesas, ni se ganaba con dádivas.

Encerrados en sus incómodas ratoneras, sin poder defenderse ni huir, los comerciantes concluyeron por ceder á la fuerza de un poder absoluto lo que habían negado á una oficiosa invitación. El intendente del comercio británico de Canton, perseguido como todos, fué el que aconsejó á los comerciantes que entregasen todo el opio al comisario imperial.

Este era un principio de pacificación; pero Lin, conociendo la astucia y la tenacidad de los comerciantes, no se fiaba desde luego de su apariencia de sumisión, y no quería desarmarse tan pronto. Anunció al intendente británico que á la primera cuarta parte de opio que le entregasen, se les devolverían los criados; á la segunda recobrarían su libertad de comunicaciones; á la tercera el permiso de volver á abrir sus almacenes, y á la cuarta el pleno ejercicio de sus relaciones de comercio.

Todo sucedió como el mandarin quería. En lugar de dos mil cajas, entregaron los comerciantes veinte y dos mil, que fueron inutilizadas y arrojadas al río.

Por estos actos enérgicos, por estos triunfos que podían considerarse como un hecho decisivo, recibió Lin los mas encarecidos elogios de la corte imperial. Pero ¡ay! este fué el último triunfo de la saludable razon sobre las especulaciones funestas, del bien sobre el mal.

Poco tiempo después, despreciando el compromiso que habia contraído, los negociantes volvieron á emprender el tráfico que les estaba prohibido. Lin, con su rigoroso carácter, sostenido por el sentimiento de una noble misión, tuvo que recurrir de nuevo á los edictos cuya eficacia habia ya experimentado. Pero esta vez el superintendente Elliot tenía á su disposición los buques de guerra, con los cuales podia tomar por la fuerza, en la costa, las provisiones de que le privaba el decreto del mandarin. Esta vez el leopardo británico, irritado, estendió sus garras hacia el celeste imperio, y los pobres chinos contemplaron llenos de espanto una imponente escuadra que se presentó amenazando sus playas. Esta tempestad vendicadora que se amontonaba sobre sus cabezas, encerraba el rayo destinado á castigar al sublime emperador por haberse atrevido á privar á sus súbditos del placer de envenenarse por la prosperidad financiera de la Inglaterra.

En vista de esta reunion de fuerzas, las autoridades de Canton guardaron cierta circunspeccion, é intentaron inflamar el valor de sus marineros con el cebo del dinero. Ofrecieron veinte mil duros por la presa de cada navío enemigo, tres mil por la cabeza de un oficial, y ciento por la de cada soldado. Pero qué habian de hacer las endeables embarcaciones chinas, mal equipadas y mal gobernadas, contra aquellos castillos flotantes que por sus dos bandos vomitaban el fuego y la muerte! Se empeñó la lucha, y los chinos, debe confesarse en su honor, la sostuvieron valerosamente; pero aunque hubiesen inventado la pólvora mucho tiempo antes que los europeos, no sabian hacer de ella un uso tan terrible. Fueron vencidos; y en 29 de agosto de 1842, el plenipotenciario delegado por el gobernador, aceptaba todas las condiciones formuladas por los ingleses, y firmaba el tratado de Nankin.

En virtud de este tratado, Mr. Gutzlaff ha podido justamente titular una de sus obras: *La China abierta*. La inmensa China, con su inmensa muralla, cuyos sillares, dice el autor, podrian formar una cerca de muchos pies de altura al rededor del globo; la inmensa China, con su innumerable poblacion, sus medios de defensa, sus decretos de proscripción contra los extranjeros, ha sido abierta con los mayores privilegios á esos mismos extranjeros, que solo se han señalado, por espacio de mucho tiempo, por su tenacidad en introducir en el seno del imperio, de grado ó por fuerza, por la astucia ó ostensiblemente, un veneno mortal.

Por el tratado de Nankin han adquirido los ingleses el derecho de establecerse libremente con sus familias, y de constituir sin restriccion algunas casas de comercio en Canton, Amoy, Fouchowton, Ningpo y Schanghai. Además debe abonarse al emperador, por el trabajo que se han tomado de ir desde tan lejos á hacerle la guerra, una indemnizacion muy decente: seis millones de duros por las cajas de opio sacrificadas á la voluntad de Lin; tres millones de duros para pagar las deudas contraídas en favor de los ingleses por los negociantes de Canton; doce millones por el armamento y gastos de viaje de la escuadra que fué necesario enviar de Inglaterra con el armamento de sus cañones para pedir reparacion de tantas injusticias, siendo todo veintin millones de duros, los que el magnánimo emperador se obligó á pagar en el espacio de tres años á sus buenos amigos los ingleses.

Los que leen reflexivamente la historia, deben asombrarse mas de una vez de la miseria de la humanidad, viendo á qué pequeñeces va unida la suerte de las naciones, y cómo hacen á veces de una circunstancia accidental los mas graves acontecimientos. Algunas cajas de té arrojadas al mar por el populacho de Boston, determinaron á guerra de la independencia de los Estados Unidos. Algunas cajas de opio arrebatadas á los comerciantes de Canton, abren á la Europa la entrada de una region tan estrechamente cerrada por espacio de muchos siglos. Las causas pequeñas producen frecuentemente grandes efectos. «Si hubiese sido mas corta la nariz de Cleopatra, dice Pascal, toda la faz de la tierra hubiera cambiado.»

(Continuará.)

UNA HERENCIA.

CUENTO.

¡Día de gran solemnidad para maese Gottlieb Hauffmaun, notario de la pequeña ciudad de Muhlstadt!!! El conde Segismundo de Hildesheim acababa de morir, y se trataba de abrir su testamento en presencia de toda la familia reunida. Maese Gottlieb, en traje de irreprochable etiqueta, aguardaba con impaciencia la hora marcada por él mismo para celebrar esta imponente asamblea. Los parientes del difunto debían llegar á mediodía: daban las nueve en el reloj de la iglesia inmediata, y ya Maese Gottlieb habia perdido todo su aplomo: iba y venia sin cesar de su estudio al gabinete, del gabinete á la sala, regañando á sus dependientes por via de pasatiempo. Multitud de clientes estaban citados para conferenciar sobre sus intereses con el notario, y todos eran impiamente despedidos á medida que iban llegando. Un solo pensamiento dominaba la cabeza de aquel hombre: un solo sentimiento embargaba su corazón: *El conde Segismundo de Hildesheim se habia dignado elegirle para depositar en él su última voluntad.*

Maese Gottlieb tenía cincuenta años de edad: un ojo brillante, una boca rasgada, una remangada nariz y unas mejillas redondas y prominentes daban á su fisonomía el aire mas franco del mundo: *Donna Naturaleza*, que le dió á luz en un momento sin duda de buen humor, se habia olvidado de dotarlo con la careta indispensable á su oficio y al papel que estaba llamado á representar en la escena de los negocios. Aunque obeso y de corta estatura, tenía toda la petulancia de una ardilla. Su cabellera gris, recogida cuidadosamente sobre la nuca, venia á formar una exigua trenza parecida á la cola de una rata; y rara vez dejaba de tomar parte en la conversacion agitándose de oreja á oreja con acompasados movimientos; oscilacion que escitaba siempre la hilaridad del auditorio, por mas que maese leyese ó hablase con voz campanuda y actitud digna del mas profundo silencio. En fin, para que nada le faltase, el buen hombre era aficionado á beber, y aun á cantar después de haber bebido. Con la sucesion poco interrumpida de estos inocentes desahogos, la costumbre habia estereotipado en sus labios una sonrisa indeleble, que podia muy bien convertirse en un serio embarazo de la lectura de un testamento. Porque es de advertir que jamás la bóveda del cielo cobijó un notario mas alegre. Y sin embargo, ¿quién lo creeria? maese Gottlieb tenía enemigos, y grandes enemigos. Y es que todos los notarios de la ciudad, que no eran escasos, envidiaban en gran manera la clientela del castillo de Hildesheim.

La muerte del conde dejaba el campo libre á todas las ambiciones; razon por la cual maese Gottlieb no perdonaba medio ni omnia diligencia alguna para conservar el mas rico brillante de su joyero, el mas bello floron de su corona. Los sillones del salon, despojados desde el día antes de las fundas que los protegían contra las travesuras de las moscas, estaban colocados en círculo alrededor de una mesa cubierta con un viejo tapete de terciopelo escarlata: á poca distancia de la mesa, un tablado improvisado sostenia una poltrona de formas particulares, que parecia hecho para domiar la asamblea ausente. De cuando en cuando maese Gottlieb venia á sentarse en este trono de un día, y allí, solo, sin testigos importunos, estudiaba diversos gestos, ensayaba diferentes actitudes, y contemplaba ansioso su imagen en el fondo de un espejo. Su mayor empeño consistía en conciliar simultáneamente en su semblante jovial, la expresion del pesar y la de la amabilidad; queria á todo trance que sin perjuicio, sin llorar al difunto, hiciese su rostro mil obsequios á los vivos ofreciéndoles sus servicios. No tanto por llenar las reglas de la etiqueta, como por refrenar la instintiva travesura de su mirada, se habia vestido de negro de pies á cabeza, mas aun, habia llevado su respetuoso miramiento hasta el punto de reemplazar las hebillas de plata de sus zapatos con otras de acero oxidado. Por último, á fin de halagar á los herederos, cuya clientela ambicionaba, habia preparado en la sala inmediata un elegante aparador. Sobre el mantel de inequívoca blancura, habia coquetamente colocadas frutas, viandas fiambres, y viejos frascos cubiertos de un polvo secular. Todo le habia parecido poco á maese Gottlieb para honrar y festejar dignamente los herederos del conde Segismundo.

El conde Segismundo de Hildesheim habia sido toda su vida lo que en Inglaterra se llama un hombre de cierto humor, lo que entre nosotros se llama un estravagante ó un original. Sterne lo hubiera indudablemente amado: el actor Hoffmann ha debido conocerlo. Y no se crea que el conde Segismundo era una de esas naturalezas raras que no saben decir una palabra ni dar un paso como los demás, y que sea por cálculo, sea por instinto, hacen siempre alarde de su imperturbable escentricidad, no. Era, al contrario, su corazón tierno, su espíritu pensador, uno de esos caracteres, en fin, dulces, melancólicos, cuya candidez á toda prueba toma entre las gentes de buena educación el nombre de *locura*. Su existencia se habia deslizado sobre la tierra sin hacer el menor rumor y pasado como una sombra.

Una sola pasión debia decidir de su destino entero. En la universidad de Heidelberg, ageno á las costumbres de su edad, huía los placeres familiares, evitaba los estudiantes, y no conocia mas goce que la soledad. En lugar de encerrarse por la noche en alguna taberna á fumar, á beber cerveza, á cantar canciones patrióticas, y á poner á discusion la suerte futura de todas las monarquías de la Europa, iba á ver ponerse el sol. Todos los días, en cualquiera estacion, salia por la tarde

de la ciudad, trepaba á la colina inmediata, y después de haber visto el sol envuelto en el purpúreo manto de un rey, ó rebuzado entre los pardos pliegues de un anacoreta desaparecer tras el horizonte, regresaba á pasos lentos, aplicando el oído á los confusos rumores que circulan por los campos al anochecer. Tales eran las fiestas, las distracciones de su juventud: algunas conozco yo mas costosas que no valen lo que estas.

Un día, al volver de su paseo ordinario y al atravesar una aldea, oyó una voz dulce y fresca que partía de un piso bajo. Era el mes de mayo: una ventana entreabierta y guarnecida de flores dejaba escapar todas las modulaciones de una melodía deliciosa; y sin embargo, era simplemente una cancion; pero afectuosa, tierna, grave y triste como los cantos primitivos, empapada en una melancolía inefable; obra de un autor desconocido, ó que quizá no tuvo autor: melodías eternas, primeros acentos de la creacion, que solo los campos han sabido retener, y que los labradores repiten lentamente al mismo tiempo que hacen un surco. Sorprendido, encantado Segismundo, detuvo sus pasos: en seguida se atrevió á dirigir una mirada ávida y curiosa al través de la celosía. Una joven estaba sentada al clave: una lámpara iluminaba sus facciones... era muy bella.

Desde aquel momento jamás se olvidó Segismundo de detenerse delante de esta ventana. Que el balcon de Julieta me perdone; pero el cuarto bajo siempre ha sido propicio y caro á los enamorados. Todos los días á la misma hora la joven estaba sentada al clave, ó bien junto á la ventana bordando á la luz del quinqué! Oculto entre las sombras, Segismundo se estasia: aternativamente con el encanto de su voz, ó con los hechizos de su belleza. ¿Cuánta estratagemas, cuánta sagacidad desplegó para penetrar en la plaza? No es menester decirlo, cualquiera lo adivina con facilidad. Un piso bajo en una aldea, una joven bonita, un clave, una ventana siempre abierta, un mancebo que pasa y vuelve á pasar, flores, músicas, sombras... ya se sabe adónde va á parar todo esto.

El interior era modesto, pero elegante en medio de su pobreza, y hasta las menores cosas revelaban un gusto delicado y puro. La joven vivía sola con su madre, y ambas habian conocido dias mejores. La guerra las habia arrebatado el jefe de la familia sin dejarlas mas que una insignificante pensión; pero sabian suplir el lujo con la amabilidad, la riqueza con la gracia. Micaela no tenía mas que diez y seis años: la belleza que brilla en toda su persona era esa belleza misteriosa, patrimonio privilegiado de todos los seres condenados á perecer antes de tiempo. Sus grandes ojos azules sombreados por sus largas pestañas encerraban un rayo de luz singular; destello de todas las almas predestinadas á pasar poco tiempo sobre la tierra. Su madre conservaba todavía esa elegancia de modales que sobrevive á la belleza y conserva la juventud mas allá del término marcado por los años. Segismundo dormía aun en su cuna de niño cuando perdió á su madre; y su padre, duro, salvaje y altanero, no habia sabido nunca atraerse su cariño. Los goces del hogar doméstico eran absolutamente desconocidos del joven estudiante. La sociedad de estas dos mugeres le ofrecía los encantos de una familia, y debia ligarle con mil vínculos invisibles que vendrian á ser otras tantas redes. Micaela era joven y bella; Segismundo era un hermoso muchacho. Su amor creció libremente bajo la vigilante mirada de una madre: mirada benéfica y protectora, tan dulce como el misterio en una pasión naciente. Se amaron pues y se juraron fidelidad. Llenos de confianza reciproca, embriagados de felicidad estos dos niños, no podian prever obstáculo alguno á su union. Y es que la cualidad mas adorable del amor es que carece absolutamente de sentido comun. Sin embargo, la madre de Micaela, que en un principio habia participado de todas las esperanzas de su hija, no podia desechar cierta inquietud, pensando que Segismundo pertenecía á una familia cuya nobleza databa de muchas generaciones. En vano Segismundo se esforzaba en tranquilizarla: la buena señora devoraba sus lágrimas por no alarmar á su hija. Ah! demasiado fundados eran sus temores. Cuando Segismundo en las primeras vacaciones se atrevió á indicar algo á su padre, encontró en él una resistencia obstinada, insuperable, y tuvo que aplazar su propuesta para mas adelante. Las pasiones contrariadas son las mas terribles: querer desunir dos corazones sinceramente enlazados, vale tanto como soplar el fuego con el fin de apagarlo. Siempre que Segismundo contaba con algunos dias de libertad, los empleaba en Heidelberg. ¡Oh que goces y que penas!!! Los preciosos labios de Micaela no tenían jamás una queja para Segismundo, sino sonrisas celestiales y dulces palabras; pero así como hay plantas cuyas raíces profundas hacen estallar el vaso que las contiene, así tambien hay almas silenciosas que minan sorlamente y acaban por quebrantar sin estrépito la cárcel material en que están presas.

El padre de Segismundo dejó de existir. Ocho dias después de hechos los funerales, el joven conde llegó presuroso á Heidelberg. Cuando se apeó en casa de Micaela, esta estaba desahuciada ya, condenada sin apelacion: al cabo de tres dias el conde recogió el último suspiro de su amada. Mas de una vez, durante estas tres jornadas llenas de crueles agonias, la joven moribunda rogó á Segismundo que repitiese en el clave la melodía que habia sido causa ocasional de sus amores, de su mutua pasión: ambos eran idolatras entusiastas de aquella cancion. En dias mas felices la habian cantado muchas veces juntos, felices, ébrios de amor y reconocidos á la vez. Se creeria que cantándola daban gracias á Dios por haberlos acercado el uno al otro. Micaela, siendo una niña todavía, la habia aprendido en las montañas del Tirol, y se habia grabado en su memoria hasta el punto de que diez años mas tarde la recordaba como si la hubiera oído el día antes. Cuando murió entre los brazos de Segismundo, esta suave melodía vagaba aun sobre sus labios.

El dolor de Segismundo fué inmenso: durante muchas semanas permaneció abismado en sus pesares; y cuando al fin pudo sacudir un poco su abatimiento, le pareció que todo el mundo estaba desierto. Quiso llevar á su castillo á la madre de Micaela, para pasar el resto de su vida cerca de ella, hablando sin cesar del ángel que Dios acababa de llamar á su seno. Pero la madre de Micaela se resistió con el mayor empeño: ni lágrimas ni ruegos pudieron recabar nada de su obstinada negativa. «Quiero morir, decia, en donde he vivido

con mi hija; quiero morir donde ella ha muerto. Poco tiempo después pasó á su vez á mejor vida: Segismundo la cerró los ojos. Después de haber llenado este último deber se retiró á su castillo, donde vivió en un retiro profundo, absoluto, evitando cuidadosamente todo lo que podía distraerle de su dolor. Cuando en sus paseos encontraba algún noble de las cercanías, le saludaba en silencio, y se alejaba sin proferir palabra. En vano llovían en su castillo invitaciones de los demás; en vano las señoras mayores de los alrededores, que tenían hijas ó sobrinas casaderas, intentaban atraerlo á sus casas: sordo á todas estas insinuaciones, replegábase en su propia deseperación sin querer consolarse.

Por fin, cuando se calmaron algo sus primeros trasportes, quiso echar mano del único alivio que su pensamiento le ofrecía; quiso repetir en el clave la canción tirolesa que oyó á Micaela el primer día que la vió, que ella murmuraba en su último momento. Se figuraba Segismundo que repitiendo esta melodía regocijaria el alma de su amada, que bajaría hasta él y vendría á acariciarle con sus alas: mas una vez sentado al clave, ¡oh sorpresa espantosa! por mas que interrogó á su memoria, su memoria se negó rotundamente á responder. La melodía había volado al cielo con el alma de la jóven. Repetidas veces procuró recordarla, primero con impaciencia; después con cólera, por último con furia: esfuerzos inútiles! El dolor lo había borrado todo. Esta lucha encarnizada y siempre impotente se convirtió en una preocupación continua, en una mortificación de todos los instantes. Se dirigió pues al Tirol, y allí, sobre la cresta de las montañas como en el hueco de los valles, escuchaba con avidez las voces de los pastores: ninguna repitió la melodía que había cantado Micaela. Después de haber recorrido la Suiza y la Italia regresó á Alemania, donde su dulce locura tomó un giro diferente. Viajaba á pie como un pobre estudiante, y cuando al atravesar una aldea oía alguna voz jóven y fresca, se detenía en el momento: en las ciudades, cuando el pueblo rodeaba en las plazas alguna compañía de cantores ambulantes, él se mezclaba también al círculo de los curiosos, y no abandonaba el sitio hasta después de haber oído todo el repertorio.

Fácilmente se comprenderá que mientras el conde Segismundo se empeñaba mas y mas en perseguir la melodía tirolesa que huía ante él como Ithaca ante Ulises, se curaba muy poco de sus intereses. Antes de emprender sus viajes, que ya duraban algunos años, había recogido é instalado en su castillo á dos viejas, primas de su madre: Ulrica y Eduvigis de Stolzenfels eran dos ajamadas solteronas, ardientes partidarias del celibato, cuya única pasión había sido un sobrino suyo bastante mala cabeza que las había arruinado, y á quien ellas adoraban sin embargo, esperando todavía convertirlo. El calavera Federico había dado en diez años tan fuertes sangrías al bolsillo de sus tías, que nada las quedaba ya sino su ternura por su sobrino. Para halagarle y sin que él lo supiese habían vendido sus brillantes, sus encajes, sus pieles todas; y solo las quedaba una muy pequeña renta que apenas les daba para vivir. De esta suerte Segismundo al recogerlas hizo mas bien una caridad que un acto de galantería. Habían aceptado con agradecimiento la oferta de Segismundo, en cuya casa no creyeron encontrar al principio mas que un asilo: mas al verle así distraído, preocupado, pensativo, enemigo en todas las discusiones que podían referirse á las realidades de la vida, comprendieron perfectamente cuánto partido podían sacar de semejante carácter. Altaneras, y sin haber jamás condescendido á otra cosa que á los caprichos de Federico, se hicieron humildes y dulces para con Segismundo; y á pretexto de vigilar de cerca sus intereses, se apoderaron poco á poco de toda la administración de la casa. A fin de dejarle mas libertad, decían ellas, y mas tiempo de que disponer, se ofrecieron á ponerse de acuerdo con el mayordomo, con los colonos y demás; de tal suerte, que al cabo de pocas semanas parecía que el conde vivía de la hospitalidad que le acordaban las viejas solteronas. Apenas marchó Segismundo, Federico, que estaba de guarnición en una ciudad próxima, había venido al castillo y había empezado por disponer de todo como si fuera patrimonio suyo. Caballos, perros, picadores, todo se puso en movimiento y todo le obedecía como á su señor natural: los dependientes y criados, acostumbrados á cumplir las órdenes de las dos viejas, viendo que estas le obedecían ciegamente, hacían á su vez lo mismo. Oficial de un regimiento de caballería, Federico era un jóven de buenas trazas, que podía presentarse ventajosamente en todas partes. Cuantos le veían por primera vez experimentaban un sentimiento de afecto hacia él; y aun después de haberle tratado mucho tiempo, de haber aprendido á conocerle y notado sus defectos, no se podía menos de amarle. A pesar de su vida disipada y de su excesiva prodigalidad, sabía atenuar sus locuras con tanta gracia, que concluía por hacerse perdonar. Eduvigis y Ulrica le idolatraban literalmente: por nada en este mundo hubieran sacado de su bolsillo un solo *ereutzer*, y por Federico hubiesen dado sin dificultad hasta el último *thaler*. Todo lo que ellas pedían en cambio de tantos sacrificios, era que se dignase visitarlas de cuando en cuando vestido de gran uniforme. Ver á Federico en traje de oficial de caballería, era para ellas la suprema felicidad, felicidad que nunca creían pagar demasiado cara. Allí mismo, bajo el techo de Hildesheim, solo un pensamiento las preocupaba. El semblante pálido y abatido de Segismundo, lejos de inspirarles una solicitud maternal, había despertado en ellas mil esperanzas ambiciosas, que no conocían antes de instalarse en el castillo. Habían observado el género de vida que hacía Segismundo, y deducido en consecuencia que si continuaba viviendo de una manera tan estraña, no solo no podría llegar á la vejez, sino que apenas podría pasar de la edad madura; en cuyo caso, ¡qué feliz porvenir esperaba á Federico, con tal de que el conde consintiese en nombrarle heredero de una parte de sus estados! ¿Y por qué no se los había de dejar todos? Pues en conciencia, ¿qué mejor destino podía dar á su fortuna? Por lo que toca á Federico, no pensaba sino en vivir alegremente, sin tomar parte en los proyectos de sus tías.

Bebía los vinos de Segismundo, estropeaba sus caballos, mataba sus perros, despoblaba sus bosques y no se metía en mas honduras: con tal de que el porvenir se pareciese al presente, tenía muy bastante. Cuando Segismundo volvía al castillo por algunos días, Federico no cambiaba en nada sus costumbres, contraidas durante la ausencia del conde; y este no pensaba siquiera en cuán reprehensible era tal audacia; y es

que de tal manera vivía el conde lejos del mundo real, y de tal manera estaban concentradas en un solo punto todas las fuerzas de su inteligencia, que apenas se daba cuenta á sí mismo del ruido y del movimiento que se hacía en torno suyo.

Las esperanzas de Eduvigis y Ulrica parecían estar á punto de ser realizadas. Segismundo enlaquecía á pasos agigantados. Un mes hacía que estaba de regreso en el castillo, y ya las viejas taimadas se habían compuesto de tal modo para dominarlo, que tenían completa seguridad de alcanzar su objeto, todo sin necesidad de luchas violentas y aun de esfuerzos de ningún género. Mas cual fué su consternación cuando un día vieron llegar á Hildesheim una pariente lejána del padre de Segismundo, de quien no habían oído hablar mucho tiempo, y que creían ya en el mundo de la verdad!!! Si un rayo hubiera caído á sus pies, no las hubiera aterrorizado tanto. El mayor Bildmann, que siempre había hecho una vida bastante desahogada, acababa de perder aluego sus últimos recursos. Para evitar la miseria que le amenazaba, su muger Dorotea no había imaginado mejor medio que dirigirse al conde Segismundo. Por otra parte, instruida de que los Stolzenfels se habían establecido en el castillo de Hildesheim, madama Bildmann, como muger prudente, creía puesto en razon no perder de vista la torz y aun afianzar su ración si era posible. Conociendo el excelente corazón, la inagotable bondad del jóven conde, no dudaba de que le ofrecería un asilo: no se engañó en verdad. Por el camino había ella confeccionado allí en su cabeza una novela fingijosa, que contó á Segismundo apenas llegó, y que éste aceptó como una muy verdadera historia. Por de contado que se guardó muy bien de hablarle de los desórdenes de su marido; allá no se que depositarios inocentes cargaron con la culpa de la ruina completa de su patrimonio. El noble conde se interesó.

—Pues bien, ¡yo después de haberla oído en silencio: las dos primas de mi madre habitan el ala derecha del castillo; están con el mayor y ocupan la izquierda. Para la vida que yo hago siempre me quedara bastante sitio.

Dorotea no se hizo rogar.

Ocho días después volvió con el mayor Bildmann y con el niño Isaac, preguntando: ¿muñeco de quien ella no había hecho mención. El conde Segismundo había partido ya en pos de su preciosa quimera. El estupor de Eduvigis y Ulrica se convirtió al momento en cólera sorda: figurémonos dos cuervos devorando un pichon salvaje, y que en medio del festín ven precipitarse sobre la misma presa otros tres cuervos; y nos formaremos una idea aproximada de las dos Stolzenfels. En cuanto á Federico, hubiera reído grandemente de las circunstancias si Mad. Bildmann hubiese sido mas jóven y menos fea. No tardó mucho en declararse un odio profundo entre el ala derecha y el ala izquierda del castillo, convertidas en dos campos enemigos. El conde, que regresaba de cuando en cuando como había hecho antes, estaba persuadido de que tenía en casa los mejores amigos del mundo, almas nobles y generosas, parientes afectuosos y desinteresados, que rivalizaban entre sí no solo en amarse mutuamente, sino en cuidar con empeño de embellecerle la vida, de amenizarle su solitaria existencia. Las dos solteronas, cuando él estaba en casa, hacían lo posible por insinuarle que los Bildmann no era cosa mayor: por su parte los Bildmann no tenían escrúpulo en hacer entender al conde, que los Stolzenfels eran una verdadera canalla. Mientras que unos y otros se esforzaban en hacerse lugar con Segismundo, este pensaba en su melodía tirolesa; sin perjuicio de darles las gracias cuando hubiera acabado su discurso, y les daba mil muestras de gratitud por que habían sabido hacer del castillo la residencia mas agradable del mundo, el asilo de las virtudes todas y de las ternuras mutuas.

Un día por la tarde Segismundo entró en el castillo con la frente radiante de una alegría misteriosa, que sus miradas revelaban de una manera altamente significativa: todo su semblante estaba bañado de una beatitud celestial. A una señal suya se retiraron todos sus sirvientes, y sin hablar una palabra, tranquilo, sonriendo, y con la sonrisa en los labios, fué á encerrarse en su gabinete. Poco después el clave, oprimido por los dedos del conde, empezó á lanzar sonidos de una dulzura inefable: Segismundo había por fin encontrado la melodía que anduvo buscando durante seis años.

—Mas ¡ay! el jóven conde no debía gozar por mucho tiempo de su nueva conquista. Sus fuerzas todas se habían consumido en la obstinada y silenciosa lucha que había tanto tiempo sostenido. A mas de eso, cualquiera que sea el ideal que perseguimos, el destino celoso é impio no nos permite alcanzarlo. Algunos días después un criado entró por la mañana en el cuarto del conde. El clave había estado sonando toda la noche hasta el alba, y jamás había Segismundo arrancado acentos tan dulces del instrumento. Cuando el criado entró, el conde estaba todavía sentado al clave. Una de sus manos, blancas como un copo de nieve, descansaba aun sobre las teclas de marfil: la otra caía lánguidamente á lo largo de su cuerpo inmóvil. Su cabeza, apoyada en el respaldo del sillón donde estaba sentado; sus ojos cerrados; su boca entreabierta por una ligera sonrisa, todo indicaba que el conde dormía... ¡ay! dormía, sí, pero con un sueño tan profundo, que no debía volver á despertar.

El día mismo de los funerales, los Stolzenfels y los Bildmann se declararon una guerra sin tregua para sostener cada cual sus pretensiones. Se temía con fundamento, que no hubiese el conde dictado disposición alguna testamentaria; porque tal era su carácter. En consecuencia era preciso saber cuál de los dos bandos debía quedar dueño del campo; y ambos estaban decididos á no ceder un solo ápice de sus derechos. Ya estaban las hostilidades á punto de ser rotas; ya los abogados de Muhlstadt, célebres en toda la Alemania por sus maneras y su natural acrimonia procesal, se frotaban las manos de gozo, cuando se supo que el conde Segismundo de Hildesheim un mes antes de morir había depositado su testamento en el estudio de maese Gottlieb.

(Continuará.)

Las brujas de Montigni.

Las brujas, que han sido por espacio de tantos siglos el terror de nuestros antepasados, mantuvieron en todos los tiempos, después del establecimiento del Cristianismo, una lucha

encarnizada, no solamente con las autoridades eclesiásticas, sino que tambien con las seculares. Mas no se borra fácilmente un habito inveterado, sobre todo en las poblaciones infimas, entre los honrados campesinos; y á pesar del rigor de la Iglesia, de las hogueras y de las persecuciones, las brujas atravesaron toda la edad media, y llegaron casi hasta nuestros dias.

Un episodio de su historia, que ha tenido lugar bajo el reinado del gran rey Luis XIV, á pocas leguas de la ciudad de Auxerre, lo prueba palmariamente.

Otras supersticiones, los tormentos de fuego y agua para reconocer y probar los criminales, fueron tambien usados muy amenudo; y esto es lo que se llamaba el juicio de Dios!

Aun se conserva la locucion popular: *¡Yo meteria la mano en el fuego!*

Las brujas eran sometidas frecuentemente á la segunda prueba; y ¡pobres de ellas si no salian inocentes! Las esperiencias de este genero, prohibidas por el concilio de Letran, en el siglo XII, habian no obstante subsistido, sobre todo en Alemania. Algunos jueces del siglo XVII sentenciaban á ser arrojadas al agua á las gentes sospechosas de brujería. Cuando un individuo, á pesar de ballarse atado de piés y manos, sobrenadaba, mala señal, se le declaraba brujo incontinenti, y la leña estaba pronta á consumirle en la hoguera.

Esto era unir la burla á la crueldad.

Este ejemplo contagioso de probar la brujería, tomó entonces un incremento tal en Francia, que se vieron jueces bastante ineplos para decretarlo. El parlamento de Paris se opuso sin embargo, condenando á muerte á las gentes convencidas de sortilegios, y causando á los pueblos grandes males; pero tambien reprobo siempre los tormentos del agua y del fuego.

Entre tanto no estaban menos en uso las pruebas en la baja Borgona. En San Florentino, en 1698, un trabajador á quien acusaban de brujería, fué amenazado por el populacho de ser bañado. Este hombre, que estaba íntimamente convencido de que se aría á fondo como es natural, si no hacia ningun movimiento, quiso arrostrar públicamente la experiencia.

En el día designado se echó en el Arlanzon á presencia de una multitud curiosa y curiosa; pero ¡ay! fué en vano su intento de ser bañado, aunque llevaba piés y manos ligados; y hasta algunos niños se le subieron sobre las espaldas para hacerle desaparecer, pero todo inútilmente.

Al momento lo declararon brujo, y todo el mundo lo despreció.

Las brujas de Montigni, que nos han dado el título y ocasion para este articulo, han merecido con muchísima razon este nombre, nombre que se les da todavia igualmente á los habitantes de la villa de Cheuff.

El baillio de Montigni habia tambien, hacia 1688, autorizado un tormento de brujos; mas aquellos que habian sucumbido á la prueba, dejaron desde entonces de ser perseguidos y acabaron por obtener la impunidad.

En 1696 el mismo baillio de Montigni, á quien su primera prueba adición en estremo, acogió una nueva proposicion de tormento de brujos que le hizo el cura de la parroquia.

Siete individuos acusados de brujería habian declarado desde mucho tiempo atrás al párroco, que ellos querian purgarse en público, por la prueba del agua. El buenó del cura, como es de suponer, no se descuidó en anunciar esta nueva desde el pulpito á sus feligreses admirados.

La mañana del 5 de junio las campanas echadas á vuelo llamaban la poblacion á las orillas del Sera'n, junto al bajo de las Piedras, por encima de la abadía de Pontigny. Todos los pueblos de las cercanías acudieron. Escogiose para el efecto un lugar profundo. El escribano real de Montigni tenia la pluma en la mano, pronto á dar fé, y dos religiosos de Pontigny, acompañados de algunas personas notables de las cercanías, estaban cerca de él. Vicente Baudot, mariscal, y Juana Manteau, su muger, con los piés y muñecas atados, y una cuerda debajo de los brazos, para ser retirados, sufren una inmersión en el agua; la viuda Susana Dapouigny, y otra muger se arrojan igualmente, mas Esteban Dapouigny, Claudio Benard y Claudia Deriau tuvieron mal éxito, pues nadaban como verdaderos brujos. Ellos gritaban preguntando cómo los habian atado, que estaban los cordeles endemoniados y les impedían bajar á fondo. Al punto se los cambiaron, pero nada se consiguió. Quitáronse sus camisas, creyendo que este ligero vestido los sostendría encima del agua, se hicieron echar cuatro ó cinco veces al río, en medio de la algazara y del regocijo público; pero todo fué en vano.

Entre tanto el procedimiento que el baillio quería emprender contra ellos fué suspendido. El consejo del príncipe de Condé, señor de Montigni, habiendo sido consultado, ordenó que se dejase á estos desgraciados en reposo. Algunos de ellos abandonaron el pais.

En cuanto al escribano, formó gravemente su proceso verbal, que aun puede verse en el estudio de su sucesor.

Este suceso histórico nos sugiere una porcion de reflexiones que el lector podrá hacer como nosotros, y muestra que las preocupaciones populares son muy difíciles de destruir.

C. O.

Efecto de la música en una serpiente.

Viajando últimamente en el alto Canadá, dice un autor francés, con algunas familias salvajes, nos detuvimos un día en una espaciosa llanura á orillas del rio Genesis. Introdujose en nuestro campamento una serpiente de campanilla, y un canadiense que tocaba la flauta quiso darnos un rato divertido, y salió al encuentro á la serpiente sin llevar mas arma en la mano que su flautilla. La serpiente al verlo acercarse se enroscó toda, hinchó la cabeza, abrió su sangrienta boca enseñando sus venenosos dientes: sus ojos lanzaban fuego, y su cola se movía con tal velocidad que formaba un ruido espantoso; pero el canadiense comenzó á tocar la flauta sin mostrar inquietud alguna. La serpiente comenzó á retirarse y á mostrarse mas sossegada, hasta que en fin se quedó enteramente inmóvil y como entregada al placer: entonces el músico tocando un tono lento y monótono, dió algunos pasos, y la serpiente le siguió escurriéndose por entre la yerba hasta que la sacó bien lejos del campo, libertándonos de este modo particular de un animal tan dañoso.



VALS.

PIANO...
P. 1.ª vez.
F. 2.ª vez.

1.ª
2.ª
FIN.
P.
F.

First system of musical notation, consisting of a treble and bass staff joined by a brace. The key signature has two sharps (F# and C#). The melody in the treble staff features eighth and sixteenth notes. The bass staff provides a harmonic accompaniment with chords and single notes.

Second system of musical notation. The treble staff continues the melodic line. The bass staff includes the instruction *F. decres.* (Forte decrescendo) in the latter part of the system.

Third system of musical notation. The treble staff has a dynamic marking *P.* (Piano) at the beginning. The bass staff features a crescendo hairpin and ends with a dynamic marking *F.* (Forte).

Fourth system of musical notation. The treble staff contains a melodic phrase with a slur. The bass staff continues the accompaniment with a crescendo hairpin.

Fifth system of musical notation. The treble staff begins with a dynamic marking *F.* (Forte). The bass staff has a dynamic marking *P. dolce.* (Piano dolce) in the second half of the system.

Sixth system of musical notation. The treble staff features a melodic line with a slur and a dynamic marking *F.* (Forte). The bass staff includes a crescendo hairpin.

Seventh system of musical notation. The treble staff concludes with a melodic phrase. The bass staff provides the final accompaniment.

PATOLOGÍA DEL AMOR,

Ó SEA

EL AMOR CONSIDERADO COMO ENFERMEDAD.

INTRODUCCION.

El amor pertenece á la ciencia de curar como las demás enfermedades que afligen á la humanidad. Bastante tiempo se ha ostentado en todos los poemas, desde Homero hasta lord Byron; ahora le toca ocupar su puesto en un tratado de patología, al lado del cólera morbo y de la fiebre amarilla.

Poco nuevo podremos decir, poco que nuestros lectores no hayan observado ya por sí mismos. La llaga existía: nosotros vamos solamente á levantar el vendaje, y á ponerla de manifiesto. Alguna vez ha de ser el hombre sincero consigo mismo, y confesar lo que todo el mundo ve y conoce, á semejanza de aquel jorobado, cuya historia nos parece venir aquí como de molde.

Era un hombre pegado á una joroba, y con ser esta de tan buen tamaño, como el portador la llevaba á la espalda, parecía que ninguno la veía, ni tenía nadie noticia de ella, sino él que sentía su peso. Aconteció que nuestro jorobado llegó á tener un amigo verdadero (lo que prueba la antigüedad de esta historia), y como se hallase ya suficientemente satisfecho de su fidelidad y cariño, le llamó aparte un día, y con grandes encarecimientos le dijo: que iba á confiarle un secreto; tal que no se había atrevido nunca á confiarle á hombre vivo; pero que primero le había de jurar que guardaría un silencio eterno. Juró el amigo por todos los santos del cielo, y esperó espantado aquella confidencia; y el jiboso, inclinándose á su oído, en voz muy baja, como si temiera ser escuchado de otro alguno: Has de saber, le dijo, que soy un poco contrahecho, tengo una espalda algo mas grande que la otra; pero, ¡chis! no se lo digas á nadie!

El amor es una enfermedad; pero... ¡no se lo digas á nadie!

CAPITULO PRIMERO.

Definición, sinonimia y sintomatología.

Definición.—El amor es una enfermedad *sui generis*, endémica en todos los países conocidos; aunque se desarrolla con mas intensidad bajo los climas cálidos. Ataca especialmente la cabeza y el corazón: estiéndese tambien con frecuencia á otros órganos, y aun llega á veces á infestar los mismos vestidos del paciente, conociéndose sobre todo sus efectos en los bolsillos, sin duda por su proximidad á las vísceras principales. Es epidémica. No se ha podido averiguar todavía con certeza si es ó no contagiosa, aunque muchos aseguran que sí: nosotros demostraremos mas adelante que por lo menos pierde mucho de su malignidad al comunicarse.

Sinonimia.—Monomanía, idea fija, demencia.

Síntomas.—Los de esta enfermedad son mas numerosos que los de cierto medicamento homeopático que determina mil noventa. Los enfermos de amor cometen á cada paso distracciones, hablan solos, duermen poco y con un sueño agitado, y algunos, aunque son los menos, pierden tambien el apetito. Su rostro está sujeto á frecuentes variaciones de color; á la vista del objeto amado, ó cerca de él, los que son colorados se vuelven lívidos, y los pálidos se ponen encendidos: en las mugeres son mas notables estas variaciones; hay algunas que enamoradas pierden el color, en otras desaparecen con el amor palidecen habituales. Los ojos se ponen mas brillantes; algunas veces languidecen; en ciertas ocasiones y cuando la enfermedad está en el periodo de incremento, se impregnan de un fluido que se comunica como la electricidad, pero sin necesidad de conductor, agravando el mal entre enfermos de distinto sexo, y produciendo casi siempre una crisis violenta. Algunos pacientes se ponen tristes, y caen en una atonía profunda; otros al contrario se agitan continuamente, van, vienen, no se encuentran bien en ninguna parte. Algunos se pasean de arriba á abajo en una misma calle; otros esperan; otros recorren las iglesias, los paseos, los teatros; éstos buscan; otros se pasean en coches de plaza con las persianas ó las cortinillas cuidadosamente corridas; estos ni esperan, ni buscan. Desarróllase en los mas hemáticos una actividad extraordinaria, los mas silenciosos suelen tambien hablar por los codos; y al contrario, otros que eran habitualmente locuaces, desembarazados y listos, se vuelven mudos, encogidos y torpes.

Produce, en fin, esta enfermedad tantos síntomas contradictorios, tan numerosos y variados como los caracteres de los enfermos; individualidades tan difíciles de elevar á una ley general que pueda aplicarse al mayor número de casos, que no nos atrevemos á ampliar mas esta parte. Lo haremos mas fácilmente al describir el curso y periodos de la enfermedad, donde necesariamente se hallará mucho de lo que aquí falta respecto á sintomatología.

Añadiremos solamente que muchas veces estos síntomas son verdaderos prodromos, que indican en el individuo el riesgo inminente en que se halla de verse acometido del mal. Cuando una niña que pasa de los quince años se pone triste, y suspira, y tiene deseos de llorar, está inquieta, sin poder ella misma explicar lo que tiene: cuando un muchacho que acaba de salir del colegio, manifiesta deseos de parecer hombre, se pone la corbata con mas cuidado, se ladea el sombrero, fuma cigarrillos de papel, y se atreve á mirar al rostro á las mugeres bonitas que encuentra; este muchacho y aquella niña tienen una gran predisposición á contraer la epidemia: un objeto que fije todos aquellos vagos deseos de que no saben darse cuenta todavía, y la enfermedad se declara. Lo que sucede entonces pertenece al curso del mal, que vamos á dividir en cuatro periodos.

CAPITULO II.

Periodo de invasion.

Quando una persona, de cualquier sexo y condicion que sea, se encuentra predispuesta del modo que hemos dicho de otros mil modos que se determinan muy diversamente

segun el carácter, temperamento, edad y otras circunstancias, que solo pueden apreciarse en la observacion particular de un caso dado; entonces una mirada, una palabra, un talle esbelto, un pié pequeño, un rostro gracioso, una coquetería refinada, bastan para que un hombre se sienta enfermo: así como hacen el mismo efecto en una muger una apostura elegante, un frac-Utrilla, unos lentes *fashionables*, ó unas botas de charol. Difícil, muy difícil es señalar las diversas cosas que pueden servir á declarar el mal cuando las ve el enfermo, así como la hidrofobia se declara á la vista del agua. Esto depende del gusto; el ente mas caprichoso del mundo, después de la muger. En efecto, preguntad á los enfermos: uno se e amoró de la mano, otro del pié; este del talle, aquel de los ojos. Es fea, dice el uno, pero tiene una gracia...—A mí, dice otro, me gusta la frescura y la redondez de formas, lo que los franceses llaman *embonpoint*.—A mí un cuerpo pequeño, un rostro palido...—A mí las miradas languidas, unos ojos azules...—A mí el atrevimiento de unos ojos rasgados, negros, cuyas pupilas nadan en un mar de azul, cuyas ojeadas están llenas de promesas voluptuosas...—A mí me gusta el pelo negro...—A mí el rubio...—A mí el castaño...—A mí el rojo...—A mí las blancas...—A mí las morenas...—A mí las altas...—A mí las bajas...—A mí las gordas...—A mí las flacas... No acabariamos nunca si hubiésemos de seguir enumerando. Basta recordar el cuento de aquel que enamorado de una muger muy fea, y sufriendo por ello las burlas de sus amigos: Tiene una cosa, dijo, que es la que me ha decidido por ella.—Es cualidad material ó moral?—Material.—En dónde está situada?—En la cabeza.—A ver si acercamos con ella. No es el pelo, que el que lleva no es suyo.—Es verdad: no es el pelo.—Tampoco es la frente, que es ancha como la conciencia de un usurero, y preñada como el discurso ampuloso de un mal orador.—Tampoco es la frente.—Tampoco serán los ojos, que son bizcos y legañosos y...—No.—Ni la nariz, que es larga y curva como el pico de un águila...—No.—Ni la boca, que es grande y desprovista de dientes, y con los labios descoloridos y...—Tampoco es la boca.—Veo que no dais con el ítem ¿Os dais por vencidos?—Sí.—Pues sabed que tiene la oreja mas preciosa que he visto en mi vida.

Y qué diremos de las mugeres? Cuántas hay entre ellas como el aficionado á orejas! ¿Quién no sabe que muchas mugeres, cuyos maridos son buenos mozos, tienen amantes feos y aun deformes? ¿No se han visto grandés señoras enamoradas de sus lacayos? Empresa punito meaos que imposible sería pues la de enumerar las cualidades que en un hombre pueden llamar la atención de una muger; y luego, las enfermas confiesan muy difícilmente, contestan con evasivas, cuando no dan una respuesta enteramente falsa: nunca conseguireis saber la verdad. Por eso, respecto á los enfermos del género femenino, nos dejaremos muchas cosas en blanco, á pesar de nuestros buenos deseos de decirlo todo. Preferimos confesar nuestra ignorancia, á establecer hipótesis arbitrarias: lo difícil del asunto será nuestra disculpa. El corazón de la muger, á pesar de cuanto se ha escrito, nos es aun tan desconocido como el Nuevo-Mundo antes de su descubrimiento: podéis constituirle en Colon de un corazón femenino, descubrirle, escudriñarle, conocerle mas ó menos á fondo; pero necesitais emplear la mayor parte de vuestra vida, y ¿qué habreis conseguido? Sacar una gota de agua del mar, coger un grano de arena del desierto de Sahara: pocos corazones de muger habrá parecidos, como hay pocos rostros idénticos en la especie humana.

Perdónenos el lector esta digresion, á que hemos sido arrastrados á pesar nuestro: la naturaleza de nuestro asunto es tal, que entre nuestro punto de partida y aquel adonde nos dirigimos no hay ningun camino derecho: tenemos que ir avanzando por sendas tortuosas, en las que algunas veces parecerá que perdemos la direccion. Ahora, por ejemplo, nos encontramos, después de haber dado un gran rodeo, en el mismo punto en que empezamos á recorrer este primer periodo; esto es, en el momento de la invasion del mal.

Estudiaremos, para que se nos comprenda mas fácilmente, dos casos particulares de enfermos de distinto sexo, llamándolos, para poder mejor entendernos, á él Abelardo, y á ella Heloisa; nombres, tratándose de amantes, tan propios, significativos y sonoros como los que á sí y á sus cosas puso el hidalgo manchego de nuestro Cervantes.

Figurémonos pues que Heloisa y Abelardo, jóvenes que presentan todos los síntomas precursores de que hemos hablado mas arriba, se ven por primera vez en un baile. Ojeada mutua, flechazo. Cómo me gusta esa muchacha! dice Abelardo para su capote; mucho me mira ese jóven, observa para su sayo Heloisa. En seguida viene él á invitarla á bailar, ella acepta, y hé aquí á nuestros dos futuros amantes lanzados en el torbellino de una *polka-mazourka*. Los bailes son al amor lo que los pantanos á las fiebres intermitentes. Respiranse en un salon miasmas en extremo contagiosos, emanados de aquellas cien parejas que hablan de amor entre los compases de la orquesta y los movimientos del baile: aquel fluido amoroso de que ya hemos hablado, al desprenderse de las miradas se confunde en la atmósfera, como se confunden en el aire los sutiles perfumes de las flores y de las plantas en una mañana de primavera; y el que va respirando este ambiente impregnado de voluptuosidad, apretando con su brazo derecho un talle flexible como un junco, sintiendo resbalar por su rostro el aliento que se escapa de unos labios entreabiertos por la sonrisa, sufriendo á quemaropa el mortífero tiroto de unos lindos ojos; si no se siente en aquel momento enfermo de amor, es porque ya lo está, ó porque su corazón, á fuerza de enfermedades, ha adquirido el derecho de ser invulnerable.

Pero nuestro Abelardo, que está tan bien dispuesto para el amor como una rama seca para el fuego, siente hervir su sangre, ardersu su cabeza, reconcentrarse en el corazón toda su vida. Respecto á Heloisa no nos atrevemos á asegurar que sienta todo esto, y esto solamente, porque ¿quién podrá adivinar las ideas estrañas al amor que vienen á mezclarse con él en la cabeza de una niña? El deseo de mandar en su casa, el de cambiar de posicion, y una brillante perspectiva de vestidos nuevos y de regalos de boda, son seguramente los pensamientos mas inocentes que pueden servir en ella de comitiva al gran pensamiento del amor. Ello es, en fin, que al separarse nuestros dos jóvenes sienten un malestar y una inquietud indefinibles, no pueden dormir, y al día siguiente

se acuerdan con frecuencia el uno del otro. Entonces ya está declarada la enfermedad, cuyos progresos pertenecen al siguiente periodo.

CAPITULO III.

Periodo de incremento.

Es una ley de la naturaleza que todas las cosas tiendan á restablecer la armonía que se rompe en ellas por una causa cualquiera; y así como el agua busca su nivel, los cuerpos graves el centro de la tierra y las fuerzas el equilibrio, el enfermo tiende á la salud. Pero la salud está muchas veces en el remedio, y el remedio no siempre conviene con el deseo instintivo del enfermo. El hidrópico codicia el agua que le mata; el enamorado la vista del objeto de su pasión. Es una especie de curacion homeopática exagerada. ¿Teneis un tabardillo? Poneos al sol en un día del mes de julio. ¿Os habeis constipado en el mes de enero? Daos un buen baño de agua helada. ¿Os parece absurdo? Esta es sin embargo la lógica de los amantes: esperando hallar remedio á su mal, hacen todo lo posible por empeorar su estado; semejantes á aquellos jugadores que pensando desquitarse, no dejan el tapete verde hasta que se han arruinado por completo.

Hé aquí por qué nuestro Abelardo hace desde el día siguiente las mas vivas diligencias para volver á ver á su Heloisa. Si el muchacho ha sido listo, ella misma le habrá indicado los medios; y sino la muchacha no se estará siempre metida en casa. Bajará al Prado, irá á los teatros, á las iglesias: un día se la encuentra en fin, se la sigue, se sabe la casa: una vez sabida la casa, no falta modo de ponerse en comunicacion con ella: en su casa habrá reunion alguna vez á la semana, ó ella irá á otras reuniones; siempre hay un amigo que presente, y... el tiempo hace lo demás. Pues bien: nuestro Abelardo hace todo esto, y al cabo consigue declarar á la niña su atrevido pensamiento. Y advertiremos aquí que este arduo punto de las declaraciones difiere segun el declarante y la ocasion declaratoria. Declaraciones hay que parecen *confesion con cargos*. Unos las hacen de palabra, otros por escrito; unos en versos suyos ó de algun amigo; otros en prosa suya, ó del primer novelista que hallan á la mano; pero en lo que todos convienen como condicion *sine qua non*, es en que la tal declaracion, orada ó escrita, ha de contener todas las necesidades posibles, como necesidad fundamental que ha de servir de base á todas las demás que el amante cometa andando el tiempo.

Ya están de comun acuerdo nuestros dos amantes. Se ven en la iglesia, donde van á oír misa con devocion, segun lo manda la santa madre Iglesia: en el teatro, donde pueden mirarse mientras los demás miran lo que pasa en la escena; y en las reuniones, donde pueden hablar, y abrazarse impunemente delante de todo el mundo, gracias al inventor del vals y de la polka.

Entonces es cuando son cada vez mas sensibles los progresos del mal. Entonces cuando los insomnios inquietos, los deseos mal reprimidos, las peticiones atrevidas, las concesiones artificialmente dilatadas, las riñas que solo sirven para hacer mas dulce la paz, y algunas veces las complicaciones, de que mas adelante hablaremos, con el amor propio, con los celos, y con otras enfermedades que siguen muy de cerca al amor, vienen á agravar el estado de nuestros dolientes. Entonces la costumbre de pensar siempre en una misma cosa, y la de hablar siempre de ella, dan al amor el carácter de una verdadera monomanía. Antes bastaba á nuestros dos amantes el verse cada ocho dias, cada cuatro, cada dos; ahora quisieran verse á todas horas, estar siempre juntos, no separarse nunca. Para conseguir esto lo mas posible, el muchacho se dirige al papá, ó á la mamá, les pide la mano de Heloisa en toda forma, entra en la casa, y hé aquí á nuestro Abelardo preso como raton en ratonera.

CAPITULO IV.

Crisis ó paroxismo.

Pero la entrada del amante en la casa proporciona á nuestros enfermos la ocasion de verse mas á menudo, y el mal sigue creciendo, exacerbándole las largas conversaciones en voz baja, llenas de los recuerdos de lo pasado; de las protestas, del entusiasmo, del delirio presentes; de los juramentos, de las esperanzas, de los proyectos risueños que se acumulan para el porvenir.

En este estado ya, las mismas cosas que debian cortar el curso de la enfermedad le son mas nocivas que útiles. Las sospechas, la certidumbre misma de la poca fidelidad del objeto amado, sirven de incremento al cariño que se le profesa, particularmente en las mugeres: los desaires mismos, irritando el amor propio, producen el mismo efecto. Llega entonces el amor á su mas alto grado, produciendo crisis que terminan muy diversamente, pero que nosotros consideramos terminando solo de un modo, el único legal, el matrimonio. Casanse en fin Heloisa y Abelardo, y las bendiciones sacerdotales hacen en ellos el mas saludable efecto, conjurando al diablo del amor que los tenia poseidos, y que desde aquel momento se prepara á abandonar sus cuerpos, sin perjuicio de volver á ellos cómo y cuando lo crea conveniente.

CAPITULO V.

Periodo de declinacion.

Con el matrimonio van desapareciendo como por encanto los síntomas alarmantes. La inquietud cesa; los accesos de cariño van siendo cada vez menos frecuentes; la calma se restablece en toda la economía. Aquella antigua comozon de hablar que aquejaba á nuestros dos enfermos desaparece. ¿Qué tienen ya que decirse? Aquel poderoso deseo de estar siempre juntos, se estingue tambien á los ocho ó á los quince dias, segun el temperamento: ella se va á visitar sus amigos, él vuelve á sus negocios y ocupaciones ordinarias. Al poco tiempo Abelardo se fastidia grandemente al lado de su muger: Heloisa bosteza al lado de su Abelardo. ¿Qué se han hecho todos aquellos proyectos de una vida perpetua de amor, de conversaciones intimas, de felicidad eterna? Todos han caido al suelo como castillos de naipes. Nuestros dos amantes habian visto

el amor como se ve un paisaje desde un alto punto de vista. Los campos forman agradables cuadros de verdura; grupos de árboles se destacan aquí y allí sobre el horizonte; el agua de algún arroyo reluce como una cinta de plata; algunas casitas pintorescas, esparcidas con un gracioso desorden, y el cielo azul á trechos, y á trechos cubierto de nubes, que reflejan los rayos de púrpura de un sol poñente, completan el cuadro; pero bajemos, y todos los accidentes del pais se van cambiando de aspecto: los campos son monótonos sembrados; los árboles no tienen hojas; el agua es algún pobre charco; las pintorescas casitas alguna adosa miserable; y por último, las nubes que tan bellas nos parecían, se agrupan, se condensan, y descargan sobre nosotros un terrible aguacero. Lo mismo nos sucede casi siempre que descendemos de la ilusión á la realidad.

Una mañana, en fin, marido y muger se están vistiendo: Heloisa, poniéndose el corsé en paños menores, mira á Abelardo, que está sentado sobre la cama metiéndose las botas, en calzoncillos y con gorro de dormir. De pronto suelta una carcajada. ¿Sabes, dice, que estás así una linda figura? No, pues tú... replica Abelardo, mirando los descompuestos cabellos de su muger, sus ojos todavía soñolientos y su tez ya algo ajada... Y luego dice cada uno para sí: A la verdad que mi muger no es muy bonita. ¿Dónde tuve yo los ojos?—Cuidado que es ridículo mi marido! ¿En qué estuve yo pensando? Ya están completamente curados: el amor ha desaparecido.

CAPITULO VI.

Convalecencia y recidivas.

Convalecencia.—En la terminación que acabamos de describir no hay convalecencia: el enfermo se siente bueno de repente, si bien para ser presa de otras dos enfermedades casi tan malas como la primera, el fastidio y el arrepentimiento; pero no siempre el amor termina de este modo. Algunas veces un gran desengaño produce una crisis, que se resuelve al fin favorablemente, desapareciendo el amor; pero el paciente ha sufrido una violenta lucha, sus fuerzas se han agotado en ella, y necesita algún tiempo para recuperarlas. En estos casos están indicadas las distracciones, los paseos, el alejamiento de la causa del mal, y todo cuanto pueda contribuir á dar una dirección nueva á la imaginación y al pensamiento. La convalecencia está siempre más en razón de la intensidad del mal, que en la de su duración.

Enfermos hay que no sanan enteramente nunca. Estos casos, aunque raros, suelen observarse entre los que padecen el primer amor, variedad de la enfermedad que bien merece un tratado aparte.

Es muy digna de notarse la circunstancia de que cuando uno de los pacientes convalece mas pronto que el otro, suele agravarse mas en éste la enfermedad. Por eso algunos autores han puesto los *desprecios* entre las causas agravantes del amor, sobre todo en el sexo bello. En general debe tenerse por regla casi constante, que nunca el amor se apodera en igual grado de dos enfermos de distinto sexo: si su intensidad es mayor en la muger, es menor en el hombre, y viceversa. Algunas veces parece que cuando la enfermedad se aumenta en el uno, disminuye en el otro; y en las terminaciones borrascosas siempre convalece mas pronto el que ha buscado ó ocasionado el rompimiento, que aquel que se ha visto abandonado ó desairado. Por eso dijo muy bien Larocheffoucauld: «En amor, el que cura primero es el que sale mejor curado.»

Recidivas.—Cuando el amor termina, mejor dicho, aborta antes de haber llegado hasta donde debía llegar, son muy frecuentes las recidivas. Es como una herida cerrada en falso, al menor esfuerzo se abre.

Las recidivas son casi siempre peligrosas, más peligrosas que la enfermedad misma: debe tenerse mucho cuidado con ellas. Aquel de los enfermos que primero recae, pierde toda la fuerza moral, y el mal causará en él mayores estragos. La falta de una voluntad firme es casi siempre la causa inmediata de las recidivas; para preservarse de ellas conviene tomar todos los dias una *potión refrigerante de los pasados desengaños*, y un buen *tónico de resolución inalterable*.

CAPITULO VII.

Etiología.

Felix qui potuit rerum cognoscere causas, ha dicho un autor, creemos que Heriold, y si no fué él perdonemos el falso testimonio, que nuestra memoria es frágil y no tenemos el testo á mano; pero sea quien fuere el que lo dijo, ya se advierte que no ignoraba cuán difícil es el conocimiento de las causas, puesto que tenía á gran dicha el poder llegar á conocerlas. Esta dificultad es mucho mayor en medicina, donde todas las deducciones *á posteriori* no podrán nunca establecer reglas generales é invariables, de que no venga á ser cada individualidad una escepcion. Diremos, sin embargo, acerca de las causas del amor todo lo que nos parezca menos hipotético, mas aproximado á la verdad.

Quiéren unos que el origen del amor esté en la materia, otros en el espíritu: aquellos sostienen que procede siempre de los sentidos, estos que proviene del corazón. Fundan aquellos su opinión en aquel precepto del Señor: *Crecite et multiplicamini*, pretendiendo que esta ha sido la verdadera causa de todo amor desde la manzana acá; pero sus contrarios niegan que el tercer enemigo del alma pueda ser la sola y única causa del amor, fundándose en algunos casos, que aunque raros, han aparecido alguna vez de amores puros, castos y desinteresados. Los primeros citan los tiempos de la antigua Grecia; los cultos de Venus Cipriana; el imperio de Cupido, que mas bien que el amor era el deseo; la muger, considerada como un objeto de placer, ocupando un puesto semejante al que hoy ocupa en el Oriente: los segundos hablan de la muger encañalada con el Cristianismo; del amor respetuoso de los tiempos de la caballería; del asombroso que aun conserva el bello sexo en nuestras modernas sociedades. ¿A cuál de estas opiniones deberemos adherirnos? A las dos, porque las dos tienen algo de verdadero. En efecto, negar que la tendencia natural de un sexo al otro tenga una gran influencia en el amor y sea su causa mas primitiva, sería negar que el magnetismo es el que dirige á los polos la brújula; pero negar tambien que el amor es algo mas que el ins-

tinto, sería colocar al hombre en la esfera de los animales. ¿Qué mas da una muger que otra para el instinto? ¿Cuánta diferencia de una muger á otra para el amor! Luego agrégase al momento de la naturaleza, otra causa emanada de esa necesidad moral de afectos que nos hace querer al amigo entre los demás hombres; amar el pais que nos vió nacer, aunque pudiéramos vivir del mismo modo en otros paises; preferir, en fin, una muger entre todas, aunque pudiéramos encontrar otras mil con mas atractivos para el deseo, con circunstancias mejores para las conveniencias sociales.

Que existe este principio de amabilidad, mas ó menos independiente del instinto, es indudable: si quisiéramos analizarle, conocerle á fondo, definirle filosóficamente, sería tarea por lo ménos muy ardua; es una de tantas cosas que podemos mejor sentir que explicar.

Quedan pues sentadas como causas principales, el instinto, y una facultad de amar que no acertamos á explicar mejor. Como causas predisponentes pueden señalarse el temperamento, la imaginación, la edad, el clima, etc. Como escitantes, los bailes, las tertulias, las novelas, las miradas, los apretones de manos y otras muestras mayores de cariño, las ocasiones, los obstáculos, los desaires, etc. etc.

CAPITULO VIII.

Diagnóstico y pronóstico.

Diagnóstico.—Aunque no siempre es fácil á primera vista, una observación detenida de los síntomas basta para distinguir la enfermedad que nos ocupa de todas las demás. Algunas veces puede confundirse con la manía, otras con la demencia completa; pero la investigación de su marcha anterior, y los síntomas que primero han aparecido, establecerán la diferencia.

Pronóstico.—El amor es una enfermedad grave, sobre todo cuando es la primera vez que se padece: tambien puede vaticinarse mal cuando ha pasado al estado crónico. Los ataques agudos que empiezan con gran fuerza y recorren en poco tiempo todos los periodos, son los que suelen curarse mas fácilmente.—Cuando el amor se complica con la inesperienza es mucho mas peligroso: cuando se complica con la tontería es incurable.—En el amor entre un hombre rico y una muger interesada, corre aquel peligro de desangrarse por la vena del arca; las terminaciones de esta clase de amores son casi siempre por concunación, *tabes pecunie*.—El amor despreciado suele terminar por el suicidio, aunque muy raras veces.—El amor satisfecho se resuelve generalmente en el fastidio.—Cuando el mal crónico llamado *constancia* ataca á los enamorados, lo que no es, á Dios gracias, muy frecuente, hay una gran dificultad en estirpar las dos enfermedades.—Pero en ningún caso es el amor tan peligroso como cuando se complica con la enfermedad aguda llamada *celos*. Los ligeros accesos conocidos bajo el nombre de coquetterías y galanteos, no ofrecen mas peligro que el de pasar con facilidad á ser enfermedades verdaderas.—El amor contrariado crece siempre en razón directa de la contrariedad.—La intensidad del amor ausente está en razón inversa de los cuadrantes de las distancias.—El llanto exagera el amor. Las dietas contribuyen á curarle.—Cuando resiste á la posesión tranquila, á la presencia y á la seguridad de ser correspondido, la curación es casi imposible.—Finalmente, en el mayor número de casos, el amor se termina, por resolución, en el olvido y el matrimonio.

El primer amor, sin embargo, es una enfermedad cuya curación completa se consigue muy pocas veces: es un sello que queda siempre impreso en el alma; una viruela para la que no se ha descubierto aun inoculación preservativa. Es de todas las especies de amores aquella en que mas se interesa el corazón; y este queda siempre doliente, á veces enteramente gastado, impotente para amar otra vez. Es un achaque crónico, como el reuma, que lleva uno consigo por todas partes, y que en las ocasiones mas inoportunas le recuerda su presencia con algún dolor repentino. El sitio en que el mal reside es la memoria; esa admirable facultad de que á veces quisiéramos estar desprovistos. Recordamos nuestros primeros años; nuestra juventud bulliciosa y alegre; allí está nuestro primer amor. ¿Suspiramos por las dichas pasadas, por las creencias perdidas, por las ilusiones y los sueños dorados? allí está nuestro primer amor. ¿Qué han sido para tí, querido lector, todas las mugeres, después de aquella que por primera vez te hizo sentir la dolorosa felicidad de amar? ¿Qué son para tí, hermosa lectora, todos los hombres, después de aquel que arrancó de tus labios trémulos la primera confesion de amor?

CAPITULO IX.

Tratamiento.

Al ocuparnos de la parte de terapéutica debemos advertir en descargo de nuestra conciencia, que tenemos muy poca fé en los remedios que indicamos, los cuales no deberán nunca prescribirse sin un exacto conocimiento del enfermo: administrados indistintamente producirían cien agravaciones por cada curación.

Quando la enfermedad está muy á los principios conviene dar al enfermo un *preservativo de escarminientos agenos*; pero es medicina que aprovecha pocas veces. Si el mal es ya intenso y tiende á la desesperacion, un *paliativo de esperanzas*, remedio que los enfermos toman facilmente. Como el amor produce oftalmias mas ó menos graves, basta en algunos casos combatiirlas para estirpar el mal: si el enfermo recobra el sentido de la vista, si llega á ver claro, el amor desaparece por sí mismo: désele pues un *cóctiv de demostraciones palpables*. Algunos emplean tambien los cáusticos y los vejigatorios: los *sinapismos de desprecios*, las *ventosas de sospechas* y las *cantáridas de celos* dan muchas veces un resultado contrario al que se desea; pero suelen producir muy buen efecto unas *moxas de desengaños*. Si el mal es rebelde, es conveniente enviar los enfermos á las *aguas minerales de la ausencia*. Cuando el amor es ardiente y presenta los caracteres de fiebre inflamatoria, tómese, si es posible, un *narcótico de posesion* á grandes ó pequeñas dosis, segun el temperamento y las fuerzas del paciente: es remedio casi siempre infalible. Y si se quiere que la enfermedad varie de objeto, acúdase al

similia similibus: es el único caso en que creemos de provecho la homeopatía.

Pero casi todos los medicamentos que hemos recomendado contra el amor, son ineficaces cuando se padece por vez primera. Entonces es preciso dejarle ir adelante, como un proyectil que corre hasta que su gravedad y la resistencia del aire le paran. ¿Sigue creciendo en intensidad? No temais nada. La fuerza mas poderosa se cansa, el hierro mas enrojecido se enfria, el incendio mas voraz se apaga: el primer amor se causará, se enfriará y se apagará tambien; pero si bajo las calientes cenizas quedan aun centellas que reviven á cada instante, entonces solo resta un remedio: el tiempo, que suele curar los mas acerbos dolores del cuerpo y del alma.

CAPITULO X.

Higiene.

Lo mejor de los dados es no jugarlos: así que consideramos como un deber dar algunas reglas para preservarse del contagio, limitándonos á nuestro sexo, porque el otro demasiado sabe ya en la materia. Los pocos consejos que pueden darse, son todos, aunque parezcan sencillos, muy difíciles de observar, por lo cual indicaremos solamente los mas principales.

—No mirar nunca esos piecitos que suelen asomar traideramente por debajo de los pliegues de una falda.—Apartar los ojos de todo talle esbelto, y de todo cuello morbido y torneado.—No detener mucho tiempo la vista en una cara bonita.—Evitar las miradas de los ojos azules, que suelen producir amores lánguios, platónicos y pertinaces.—Evitar asimismo las de los ojos negros, que producen amor con fiebre y delirio.—Los ojos garzos, melados, pardos y verdes son inofensivos por sí mismos.—De toda clase de cabellos, rubios, negros ó pardos, hace el amor sus redes; pero los rojos son excelente remedio contra las tentaciones.—Casi todas las narices son matadoras: una nariz afilada y graciosa es un *la-rete*; una nariz aguilena una *puñal*; una nariz corta y picarelescamente levantada un *puñal* de dos filos; las demasiado largas son como sables de madera, espantan, pero no hieren.—Mas nada hay tan peligroso como las bocas; allí los labios provocadores de deseos; allí los dientes comedores insaciables, y allí la lengua, engañoso panal de miel que mana siempre palabras de dulzura.—Todas estas cosas deben evitarse con gran cuidado.—La lectura de novelas y poesías es nociva en alto grado, y lo son mas todavía las conversaciones *tete á tete* y aun las tertulias, bailes, teatros y conciertos...

Pero al llegar aquí oigo al lector que me grita: Médico del diablo, ¿quieres que me muera de fastidio?—Tienes razón, lector amigo, en todo caso mas te vale morir de amor. Y, á fe mía, que yo no observo muy bien tampoco los consejos que te doy, por lo cual conozco de cuán poco valor es mi ciencia.

«Que en los achaques de amor
no es buen doctor el doctor
que no cura para sí.»

CONCLUSION.

Hé aquí terminada, aunque imperfectamente, la tarea que nos propusimos.

El asunto era arduo, la suficiencia escasa, grande la dificultad de espresar ciertas cosas; el desempeño ha correspondido necesariamente á estas circunstancias. ¿Cuánto bueno hubieran podido decir en esta materia un viejo solterón ó una coqueta jubilada! Pero el autor de estos artículos es en la facultad de amor un pobre estudiante de quinto ó sexto año, y solo tiene el grado de bachiller. Si con su afición á estudio tan difícil al par que agradable, y con sus esperiencias prácticas en la clínica amorosa puede adquirir algún dia mayores conocimientos, promete comunicarlos á sus lectores: entre tanto queda con la pluma en la mano para dar principio á un tratado sobre los celos, que, mas breve que el presente, le servirá de adición, apéndice ó suplemento.

JOSÉ MARIA DE LARREA.

ESPOSICION DE LONDRES.

DEPARTAMENTO DE LOS ESTADOS UNIDOS.

En los artículos que dedicamos á la rescña de la Exposición de las naciones, hemos dado ya cuenta de la de los Estados de la Union, pasando revista á sus principales producciones.

La Exposición de la joven América se distingue por la fuerza, por la exuberancia de sus trabajos. En cuanto á los objetos espuestos no pueden, en verdad, compararse con los europeos, son mas bien productos naturales del suelo, que obras del ingenio ó de la habilidad artística. Se ha acusado á los americanos de que, por odio á la Exposición, se reservaban sus obras maestras; pero este ha sido un error, pues han presentado realmente lo que saben y lo que pueden hacer.

Tal vez no tienen los americanos del Norte ni el tiempo ni el deseo de ser artistas. Cuando es indispensable habérselas con la naturaleza (y ¡qué naturaleza! el rio mas grande del mundo que recorrer, bosques vírgenes é inmensos que atravesar y el Océano por todas partes) no se piensa en pulir un pedazo de mármol ni en dar color á una tela.

A pesar de esto se ha visto en la Exposición *la estatua americana*, de la cual se ha hablado mucho y en diversos sentidos.

Originalidad de un Inglés.

Los bulios, las golondrinas, las arañas, las palomas, las carpas, y otra infinidad de animales á quienes el hombre suele hacer la guerra experimentaron una perdida grande é irreparable con la muerte de un inglés llamado Mr. Archer, mas famoso por sus muchas rarezas y extravagancias, que

por su inmensa riqueza, aunque poseía diez mil libras esterlinas de renta. El palacio que tenía en la provincia de Essex, servía, por orden suya, de habitación á cuantos animales entraban en él, y los jardines para que se paseasen; diez y ocho años hacía que las puertas estaban cerradas; y en treinta años no se había entrado en algunos cuartos: el conserje y el jardinero tenían orden de dejarlo todo á cargo de la naturaleza, y espresa prohibición de no arrancar una yerba siquiera, ni matar un pájaro, ni ahuyentar un animal; y lo que es mas ni agitar las aguas de los estanques; su única obligación era impedir que hombre alguno se acercase á este lugar.

Al entrar en él las gentes hallaron que el patio estaba lleno de cardos y maleza que impedían la entrada, y la orilla de los estanques cubierta de rosales; las chimeneas llenas de nidos de pájaros de toda especie; el buho ocupaba la sala principal, cuyas ventanas estaban cerradas; la biblioteca, en la que había muchos millares de libros, la ocupaban las palomas, y el suelo estaba cubierto hasta muchos pies de altura de palomina; en otra sala habitaban las arañas, y sus telas, que habían adquirido mucha consistencia, formaban tantas separaciones, que este cuarto solo tenía mas callejones y aposentos que el famoso laberinto de Creta: en las bodegas no había tantos habitantes, y el vino, el rom y los licores estaban bien conservados.

Mr. Archer tenía tambien otro palacio magnífico en la provincia de Berks, que tampoco habitaba; pero le conservaba en buen estado, porque le ocupaban dos hijas que había tenido del primer matrimonio: él y su muger vivían en una casita inmediata, pero tan retirado que nadie le visitaba, ni el veía á nadie: jamas quiso que le nombrasen para el parlamento. Cuando iba á los baños, que era bastante á menudo, iba en coche tirado de seis caballos, y con todo el aparato de la opulencia; pero siempre fiel al sistema de no trabar conversación con nadie.

CIENCIAS.

En una de las últimas sesiones de la academia de Ciencias de París, se ha leído una memoria remitida por Mr. Trécul, joven botánico, relativa al aumento de diámetro de la gran mitad del reino vegetal, comprendida en la clase de los *dicotyledones*. La cuestión sobre que versa el trabajo de Mr. Trécul es, sin duda, una de las mas importantes y controvertidas de la fisiología vegetal. El origen de las fibras leñosas, que anualmente constituyen por su reunion la nueva capa que se adhiere á las ya existentes, ha sido el objeto de muchas discusiones.

Uno de los miembros mas activos de la seccion de botánica sostiene con el mas íntimo convencimiento, que estas fibras son otras tantas raíces que todas las espansiones foliáceas lanzan por debajo de ellas, como sucede con las estacas que se plantan en la tierra. Todo renuevo que se desarrolla en las ramas mas altas de una encina ó de un álamo, tiene precision de brotar filamentos radiados que se insinúan entre la corteza y la madera, y bajan de rama en rama hasta llegar al tronco, y por último hasta las raíces correspondientes al año mismo de su nacimiento.

Prescindiendo de este pormenor algo estravagante, todo lo demás de la teoría á que aludimos se encadena y desarrolla con una facilidad, una simetría que le grañean algunos celosos partidarios: así pues, las capas concéntricas que se ven en un tronco cortado al través, no son mas que la consolidacion de todas las raíces que han bajado durante una misma estacion, y que se unen en masa alderredor de las antiguas. Cuantas mas hojas brotes y verdes se desarrollan en la parte superior de un árbol, tanto mas considerable es el manojito de filamentos, y cuanto mayor es el número de ramas del árbol, tanto mayor es el diámetro del tronco. Si se aplica una ligadura fuerte á una rama gruesa ó al tronco de un árbol, se ve que inmediatamente se forma en la parte superior de la ligadura un reborde, que detiene el desarrollo por la parte inferior, lo cual, en la teoría de los plegtones se explica naturalmente por la supresion de los filamentos descendentes que se acumulan y aglomeran en la parte superior de la ligadura ó anillo que les sirve de obstáculo. Un círculo completo de corteza que se le quite á un tronco, produce el mismo efecto; aun sucede mas: si se cortan ramas en el momento en que las yemas se desarrollan, y si por medio de ciertos métodos de maceracion ó desecacion se descubre la anatomía de esta parte de la planta, se ven en efecto los manojos de fibras que emanan de los puntos de union de todos los apéndices foliáceos que se dirigen hácia abajo, é interrumpidos á cierta distancia, como si se les hubiera sorprendido en el momento de bajar hácia la tierra, entre la corteza y el tronco. Cualquiera que se pone á considerar esta doctrina de Mr. Gaudichaud, debe convencerse de que los vegetales están en realidad formados por el conjunto de una multitud de individuos sencillos de phytones, naturalmente ingeridos unos sobre otros, unidos de tal modo, que los últimos envuelven en el tejido de sus raíces á todos cuantos cubre y que le han precedido en el orden de sus apariciones sucesivas.

Sin embargo, cuando se reflexiona sobre los progresos de la anatomía vegetal, y sobre todo en las luces que la organogenia ha difundido sobre la formacion primitiva y las evoluciones de los tejidos elementales, puede suceder que no se esté conforme con Mr. Gaudichaud, y que á pesar de las apariencias que tan hábilmente presenta este sabio, se atienda sencillamente á los órganos sin escepcion, comprendiendo las fibras leñosas, como formadas en el sitio mismo, y desechar la opinion que las haría subir ó bajar en el mismo interior de la planta por medio de tejidos ya formados. Con esta idea está escrita la memoria de Mr. Trécul, la cual comprende dos partes distintas: primera, el exámen y descripción anatómica de

las producciones vegetales sobre el cuerpo leñoso descortezado; segunda, las consecuencias teóricas que el autor cree que debe deducir: sometidas ambas al exámen de una comision, se ha creído que merecen un informe favorable, del que vamos á tomar algunas nociones muy importantes para fijar definitivamente la opinion.

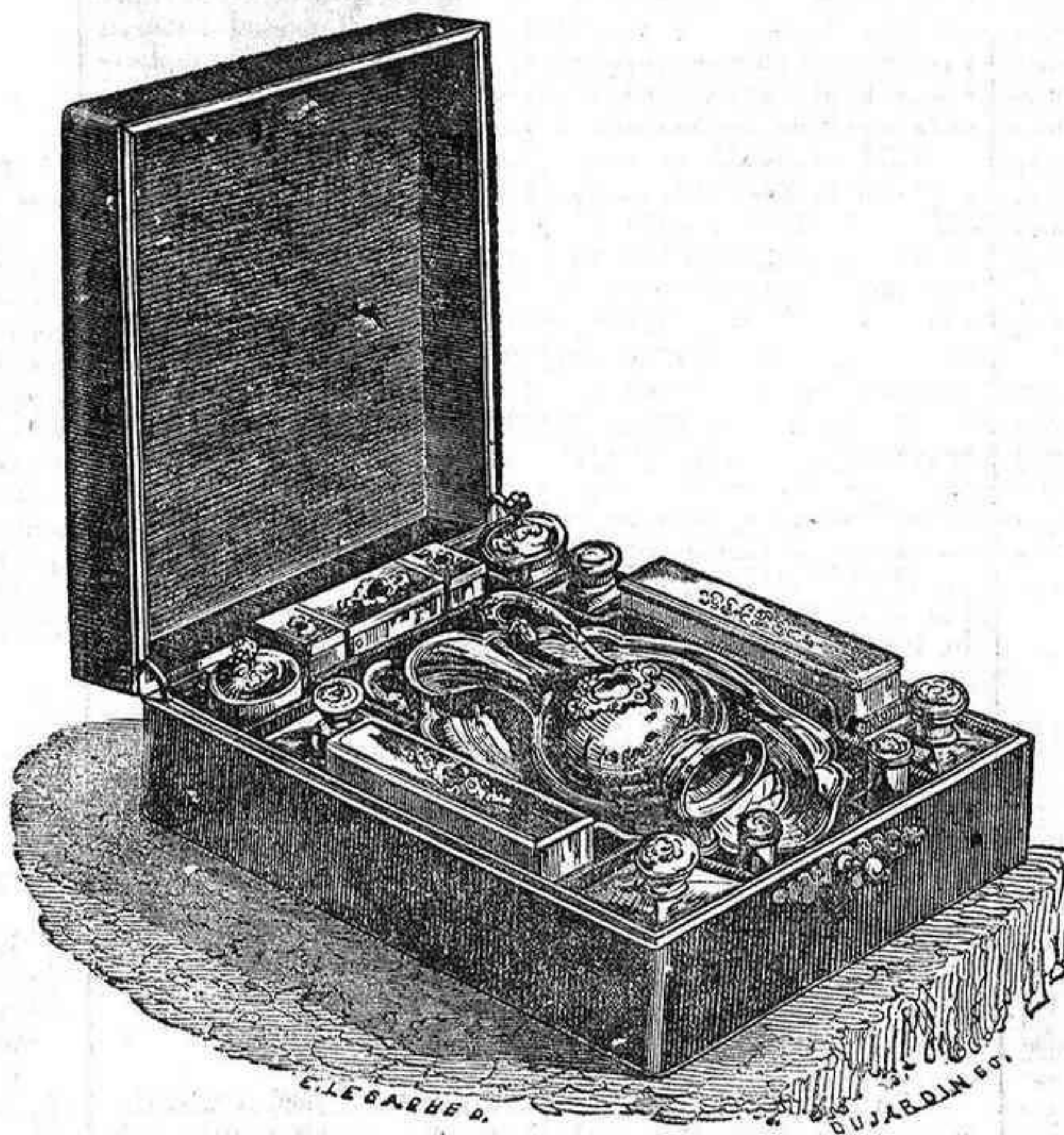
Ante todo diremos alguna cosa sobre el hecho notable que la casualidad puso á la vista de Mr. Trécul un día que recorria los bosques de la Luisiana en clase de naturalista viajero del museo de Historia Natural. Pasando casualmente por delante de un árbol que da la esencia llamada *hyssa angulisans*, observó el joven botánico que le habían quitado enteramente



Mesa de caoba.

la corteza en el espacio de mas de media vara. A pesar de tan grave mutilacion, había continuado el árbol vegetando y creciendo en términos de hallarse cubierto de hojas verdes y frescas, y cargado de fruta casi madura.

Esta es una prueba á que por lo comun no resisten nuestros árboles. Pero en medio de un bosque húmedo, protegido y preservado de la influencia del calor y de la luz por el arbolado inmediato, ha podido sobrevivir este árbol á pesar de tan grave lesion. La superficie del cuerpo leñoso, despojada de su corteza, presentaba en diversos sitios producciones nuevas, una especie de prominencias aisladas unas de otras y de irregular configuracion. Mr. Trécul vió en este tronco un ejemplar interesantísimo de estudio, y se lo llevó á París para so-



Neceser de viaje.

meterlo á un exámen minucioso, y convertirse de consiguiente en objeto de los juiciosos comentarios de Mr. Richard, encargado del informe.

¿Qué ha resultado de este estudio, hecho con todo detenimiento? Ha resultado que las producciones nuevas que se han desarrollado en el cuerpo leñoso, accidentalmente privado de su corteza, se componen: primero, de una nueva corteza propiamente dicha; segundo, de los elementos constitutivos de toda capa leñosa, á saber, de radios medulares, de tejidos fibrosos, y de falsas tráqueas, esto es, de vasos puntuados, radiados y reticulados.

En vista de este estudio anatómico tenemos una formacion de leño, que se ha hecho sobre la superficie de una capa leñosa puesta en descubierto por un descortezamiento circu-

lar y completo. Así pues estas placas, estas protuberancias son absolutamente independientes unas de otras, no tienen ninguna comunicacion directa con la base de las hojas ó de las yemas que ocupan las partes superiores de los árboles; estas placas se han desarrollado, se han constituido aisladamente, pero al mismo tiempo que la capa leñosa anual que se ha formado en toda la parte del tronco situada por encima del labio superior del descortezamiento. Y puesto que en semejantes circunstancias la naturaleza se ha pasado de todo filamento radiatorio procedente de las yemas, es menester saber igualmente pasarse sin él en la esplicacion de la nueva formacion: semejante esplicacion será la mejor y mas general.

En todos los vegetales dicotyledones, la corteza y la madera están unidas entre sí por una capa de tejidos mistos, á que los fisiólogos dan el nombre de *capa generatriz*, porque se completan en ella realmente todos los fenómenos del crecimiento ó aumento en diámetro. En la primavera, cuando viene el calor á despertar los fenómenos de la vegetacion, se penetra de fluidos esta capa, se multiplican las celdillas que la componen, y adquiere todo el tejido la fragilidad que permite desprender tan fácilmente la corteza, seria un error creer que en este momento hay falta de continuidad entre la corteza y la madera; no hay vacio ni espacio permeable, hay un tejido reciente, y que en razon de su formacion tan fresca, no puede hacer adherir sólidamente uno á otro los elementos que él separa. Ello es que siempre se verifica este despojo de la corteza, tan fácil en la primavera, no pudiendo efectuarse sin ofender la capa generatriz. Pero si se deja obrar á la naturaleza, sucede entonces que esta capa tan tierna y frágil se consolida y modifica, tendiendo por una parte hácia la madera, por la otra hácia la corteza, y quedándose en medio tal cual debe estar durante la existencia del vegetal, quedando capa generatriz, dispuesta á experimentar al año siguiente la misma amplificacion, el mismo desarrollo y la misma metamorfosis. Que la savia elaborada que alimenta esta capa generatriz sea una savia descendente; que la escitacion, y por decirlo así, la señal de las evoluciones que experimenta, parta de las yemas y se propague gradualmente hasta las partes inferiores, no se niega; pero siempre sucede, sin embargo, que las transformaciones se hacen en el paraje mismo, y que antes de revestir la forma definitiva, la fibra leñosa era simple odrecilla y formaba parte de la capa generatriz.

Se ve pues que las dos teorías que al principio se creían incompatibles, se acercan sensiblemente á medida que se las estrecha. Segun las ideas de Mr. de Mizbel, de Mr. Richard, la intercalacion de la capa anual de los tejidos leñosos se debe á la trasformacion de esta capa generatriz, blanda y homogénea al principio; pero la trasformacion se verifica á favor de la savia descendente, y se concede que se estiende gradualmente de arriba abajo. Mr. Gaudichaud por su parte, sin dejar de sostener que las raíces de las yemas son las que descienden para constituir esta capa leñosa, conviene en que ellas se alimentan de los materiales por cuyo medio se prolongan. Diremos francamente que no encontramos entre ambos modos de ver diferencia muy fundamental, y si estos señores no se hubieran empeñado hace mucho tiempo en diferir de opinion, creemos que al cabo vendrian á entenderse.

Nos parece, sin embargo, que de las dos teorías, la una es, por decirlo así, una metáfora, un modo de hablar que no puede tomarse en rigor al pié de la letra. Mr. Gaudichaud no pretende sin duda persuadirnos que de lo alto de una grande encina la mas pequeña yema envia raíces, verdaderas raíces se entiende que se prolongan hasta la tierra. Por lo tanto, tan luego como estas raíces necesitan modificarse para acomodarse á la base de madera verde en que se implantan, y que deben atravesar un espesor de ciento cincuenta piés antes de llegar á la verdadera tierra, vale mas atenerse á la expresion literal, prosaica de los hechos. De este modo se vuelve á caer en la otra teoría, la cual tiene por su parte la ventaja de proporcionar excelentes y minuciosos trabajos, como son los de Mr. Trécul, y promover delicadas investigaciones en organogenia.

EXPOSICION UNIVERSAL.

Objetos varios.

MESA DE CAOBA.

Ya hemos hablado repetidas veces de las preciosas obras de ebanistería que salen de los talleres de Mr. Tahan, que ha llegado á merecer el título de principe de los artistas en su género. Efectivamente, tanto en la Exposicion de Londres, como en la última francesa, Mr. Tahan ha sobresalido en el primer puesto de la industria artística al lado de MM. Susse, Barbedienne y Fourdinois.

La mesa, cuyo grabado presentamos hoy, es un mueble construido con mucho gusto y mayor sencillez, y agradó á cuantos lo vieron por la finura de su trabajo, por su elegancia, por la delicadeza de sus embutido y por la hermosísima caoba que Mr. Tahan escogió, entre muchas piezas, para ostentar su habilidad.

NECESER DE VIAJE Á LA INGLESA.

En uno de nuestros anteriores números ofrecimos el grabado de otro mueble semejante: el que hoy presentamos es distinto, aunque ambos representan objetos construidos por el ya justamente célebre ebanista Mr. Tahan. Todas sus piezas son de plata y las cajas de caoba maciza, trabajadas con exquisita delicadeza y rayadas con una finura increíble. Estas rayas constituyen el mayor mérito de los neceseres, los cuales han tenido gran salida, en vista de las muestras que Mr. Tahan presentó en la Exposicion de Londres.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.